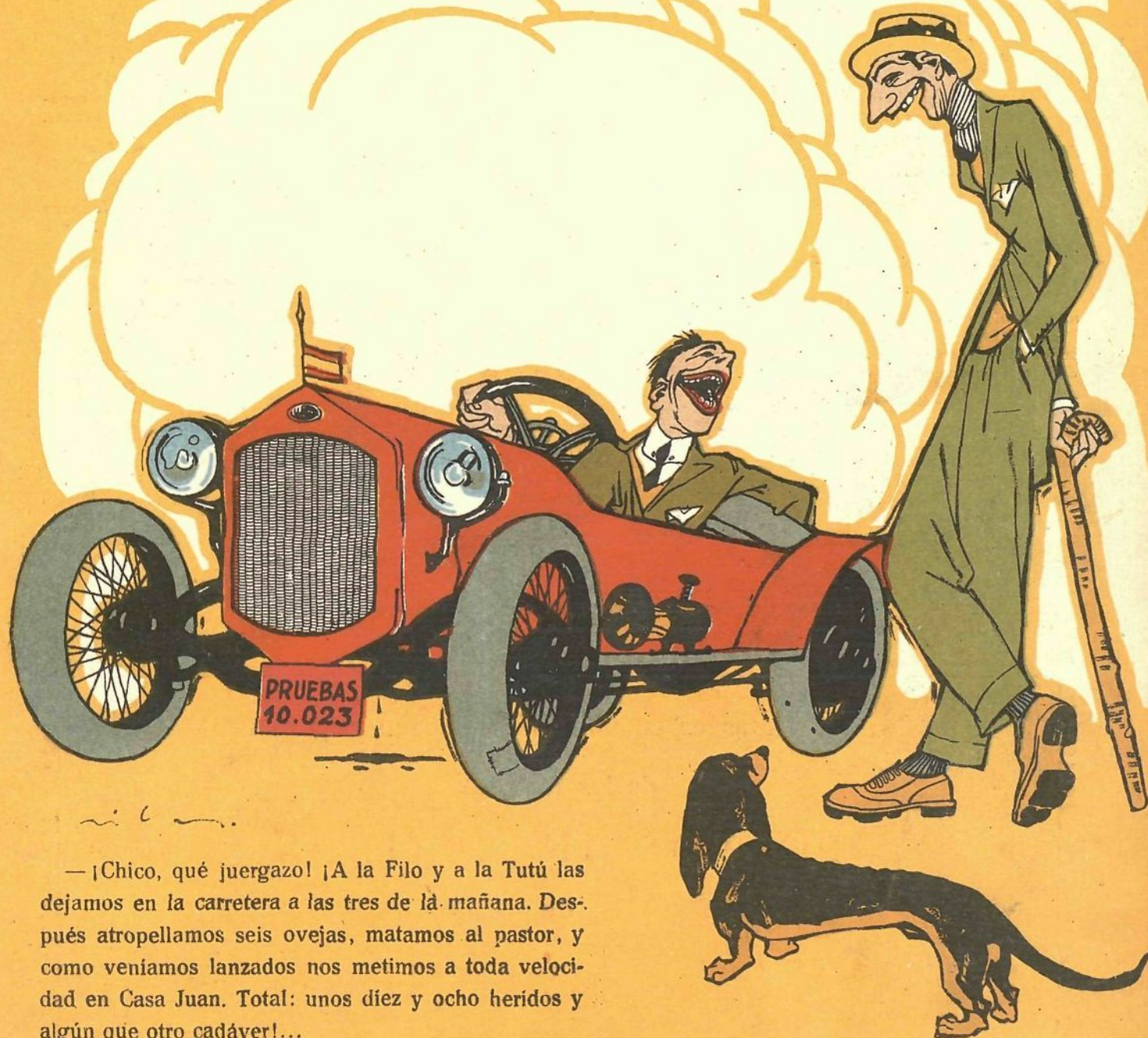


BUEN HUMOR



— ¡Chico, qué juergazo! ¡A la Filo y a la Tutú las dejamos en la carretera a las tres de la mañana. Después atropellamos seis ovejas, matamos al pastor, y como veníamos lanzados nos metimos a toda velocidad en Casa Juan. Total: unos diez y ocho heridos y algún que otro cadáver!...

— ¡Si no hay como Madrid para divertirse, teniendo un coche que responda!...

Dib. RIBAS. — Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Continuamos la publicación de los chistes recibidos para nuestro concurso permanente.

Como ya hemos dicho repetidas veces, para tomar parte en este concurso es condición indispensable que cada envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón, y precisamente firmado por el remitente, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado.

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

Entre vecinas.

- Y ¿qué familia tié usted, Ambrosia?
- Doce chicas muy robustas.
- ¡Pues ya tendrá usted que trabajar para dales de comer a las doce!
- ¡Quiá!... ¡Si comemos a la una!

SANTIAGO SANTACRÉU.

En el tren.

UN INGLÉS. — ¿Qué pasa, señor empleado?

UN EMPLEADO. — Que se ha cometido un crimen, y se ha detenido el tren.

EL INGLÉS (tomando nota). — «En España, cuando se comete un crimen, no se detiene al delincuente; se detiene al tren.»

ENRIQUE ISASI. — Bilbao.

Un mozo de cordel tiene necesidad de sonarse las narices, y como no tiene pañuelo, se suena con el baúl que lleva a la espalda, porque ha oído decir que el mundo es un pañuelo.

DON GUINDO. — Madrid.

— Vengo de París.

— ¿De verdad?... Oye: ¿qué es lo que más te ha llamado la atención durante el viaje?

— Los gendarmes. ¡Más de una vez me han llamado la atención!

FIGARITO. — Sevilla.

— ¿Cuál es el colmo de un moro?

— Llamarse Mojamé, y llevar impermeable.

ANTONIO CURA. — Melilla.

Un soldado andaluz que ha luchado durante algún tiempo en África contra los rebeldes, está narrando uno de los episodios más interesantes de la campaña, exageradamente. Termina hablando del río Kert:

— Ya sabe que en Guadarrama y el río Mayó de España; pue el Kert será como..., como... sien mi vese mayó.

— Entonces, vendrá a ser como el mar.

— Un poquiyo meno.

— Y ¿has llegado al nacimiento?

— Ar nasimiento, no, porque me entretuve en el camino; pero yegué a bautizo.

CORNELIO AGUDO. — Madrid.

En un tranvía.

Un caballero sube llevando en la mano un cigarro encendido; toma asiento, y a poco el cobrador le advierte:

— Caballero, está prohibido fumar.

— No fumo — contesta aquél.

— Bien; pero lleva usted el cigarro en la mano — insiste el cobrador.

— ¡Caramba!... ¡También llevo las botas en los pies, y no ando!

CRHA. — Ceuta.

— ¿En qué se parecen los militares que no tienen ninguna condecoración y llevan muchos años de servicio, a los tranvías que pasan por Fuencarral y Hortaleza?

— En que se pasan la vida esperando cruces.

E. NOÑIR. — Madrid.

El premio del número anterior ha correspondido a **Bajo-Calle.**

En estos días es cuando más indicado está el uso

de los famosos

POLVOS INSECTIDAS

de

LEYER Y COMPAÑÍA

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

== Bases para nuestro concurso de julio. ==

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de BUEN HUMOR correspondientes al mes actual.

Dichos premios serán:

1.º **Un billete de lotería** para el último sorteo del próximo agosto.

2.º **Medio billete de lote-**

ría para el mismo sorteo que el anterior.

3.º **Suscripción gratis por un semestre** a BUEN HUMOR.

Segunda. Si varios de los concursantes remitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

Tercera. Todas las soluciones habrán de remitirsenos reunidas, al mismo tiempo, antes del día 10 de agosto, haciendo el envío por correo precisamente, a nuestro apartado número 12.142.

Cuarta. Para optar a los pre-

mios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones correspondientes al mes de julio, insertos en la página 22. A los *suscriptores* de BUEN HUMOR les bastará con indicar esta circunstancia al remitirnos sus pliegos.

Quinta. En nuestro número correspondiente al día 20 de agosto se publicarán todas las soluciones, los nombres y domicilios de los concursantes que las envíasen completamente exactas y los de aquellos que resulten agraciados con los premios.

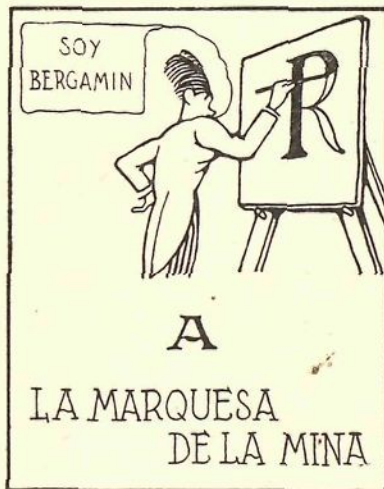
13. — De un cantar baturro.



16. — Obra teatral.



14. — Falta de educación.



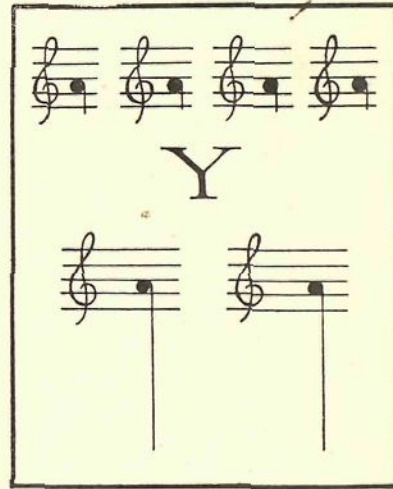
17. — Aguja para enhebrar vino.

— ¡Segunda-segunda, y qué cosas tiene *tercia-tercia*!

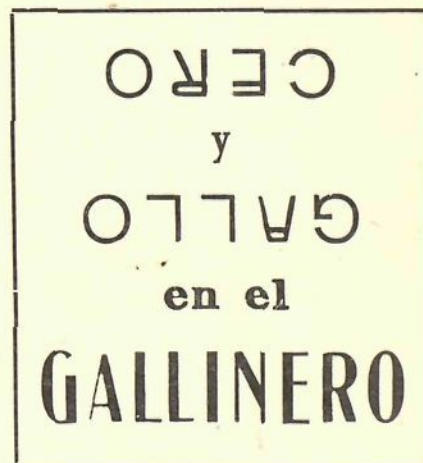
— No te comprendo, ni me haces gracia, hermano, aunque te las quieras tirar de *prima-prima*.

— Pues es muy sencillo: *tercia-tercia* ha traído una buena ración de *Todo*, y cree que soy yo quien me la *segunda-prima*, cuando quien se la *segunda-tercia* es el tragón de tío Vicente, que, además, se sopla una botella con cada cien gramos.

15. — Del segundo tercio.



18. — De Historia Sagrada.





SONRIASE

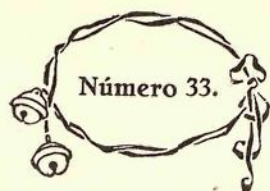
después de haber usado

PASTA DENS

que blanquea los dientes

TUBO 1.50

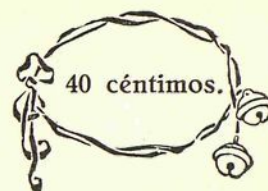
y perfuma la boca.



BUEN HUMOR

SEMANARIO SATIRICO

Madrid, 16 de julio de 1922.



LA MALA MEMORIA



LUCAS Trujillo, al despertarse aquella mañana a las diez, mientras iniciaba un esperezo, murmuró:

— ¡Caray! Yo creo que hoy tenía que hacer una cosa. Pero, por más esfuerzos que hago, no caigo, no caigo...

Convencido de que, debido a su mala cabeza, no lograría recordar, por más que intentase forzar su memoria, abandonó tal idea, y, oprimiendo el timbre de llamada, ordenó al criado del Club que apareció en la puerta:

— Tráeme el correo que haya para mí y un periódico.

En una bandeja le presentaron una carta y un diario de la mañana. La misiva era de un amigo, el cual reprochaba a Trujillo su falta de formalidad, pues, después de haberle citado en un *cabaret* para tratar de negocios, Lucas no había acudido a la cita. Trujillo, al leer lo que su amigo le escribía, exclamó, dándose un golpe en la frente:

— ¡Es verdad! ¡He faltado a esa cita! ¡Qué mala cabeza la mía! Decididamente, voy a tener que ponerme en curación. Esta falta de memoria va a resultar una enfermedad.

En pijama, comenzó a tomar el desayuno, mientras, por distraerse, hojeaba el periódico. Saboreaba sibaríticamente el exquisito moka, cuando, en la sección de «Ecos de sociedad», leyó lo siguiente:

«Hoy por la mañana, a las diez y media, se celebrará en la aristocrática iglesia de San Lorenzo el

anunciado enlace de la elegante y bellísima baronesita de Canto-Quejido con el apuesto y distinguido *sportsman* don Lucas Trujillo. Felicitamos...»

No concluyó de leer. Pegó un brinco, vertiendo sobre el pijama (que estrenaba aquel día) el contenido de la taza, y, paseando por la habitación como león enjaulado, golpeábase la cabeza, mientras se increpaba:

— ¡Esto, esto es lo que tenía yo que hacer hoy!... ¡Casarmel... ¡Casarmel!...

Alzó la tapa de los baúles, abrió los armarios, y se dedicó a sacar vertiginosamente, cual un actor de

cinematógrafo, cuanta ropa existía en el interior de los mismos. Encontrados ya el frac, el pantalón, el chaleco blanco, la chistera reluciente y los no menos relucientes zapatos de charol, colocóse de prisa y corriendo estas prendas, y, oprimiendo el timbre, llamó nuevamente al criado, al cual, mientras terminaba de colocarse la corbata, le dijo:

— Necesito ahora mismo un automóvil del Club.

— Señor, en el momento no hay ninguno disponible.

— ¿Y coches?

— Señor, en el momento tampoco hay ninguno disponible.

Otro nuevo contratiempo. Desesperado, consultó Trujillo su reloj de pulsera. Restábanle quince minutos para trasladarse desde la calle del Arenal al domicilio de la madrina de boda, allá al final de la calle de Alcalá, en la plaza de la Alegría, recoger a la dama y dirigirse luego a la iglesia de San Lorenzo, en el barrio de Lavapiés, para esperar en el templo a la novia, que llegaría acompañada de su padrino. Total, que en un cuarto de hora escaso tenía que recorrer aproximadamente unos ocho kilómetros.

Vestido de punta en blanco, abandonó Trujillo el Club, lanzándose calle del Arenal adelante en busca de un carruaje que le transportara a los diversos lugares a que debía acudir. Al principio caminaba a paso ligero, indagando con la mirada, en logro de descubrir un coche o automóvil que llevase la indicación de «libre», para montar en él y, ofreciendo



Dib. SILENO. — Madrid.

magnífica propina, le condujera al final de la calle de Alcalá. Exasperado, notó que en toda la calle del Arenal había carruaje alguno desocupado. Entonces, decidido ya a todo, comenzó a aumentar la velocidad de su marcha, hasta que ésta transformóse en franca carrera. Sí, digámoslo sin rodeos: Lucas Truji-

llo, vestido con elegante frac, y llevando sobre su cabeza una magnífica y reluciente chistera, corría, corría aceleradamente, con gran regocijo de los transeúntes, que, al verle, deteníanse para admirarle. Pronto surgieron las chufas:

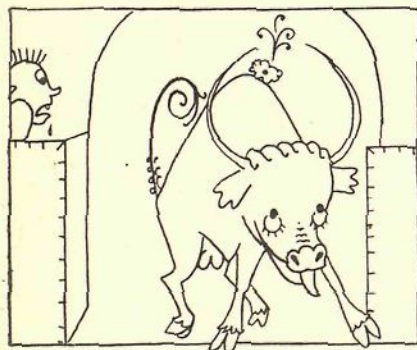
— ¡Ahí va el hombre-anuncio!

— ¡Ahí va el tío de los cacahuetes!

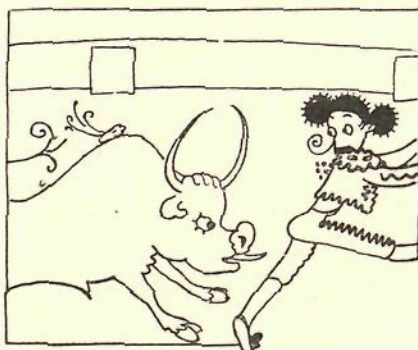


Saltacharco el valeroso era un torero famoso.

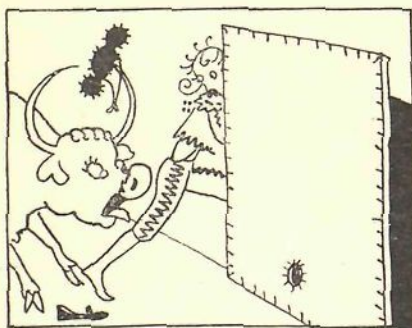
Toreaba en Santa Elena el día de Nochebuena.



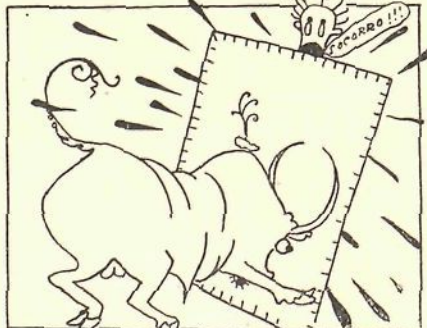
Y salió el primer morlaco, mucho más feo que un paco.



Cuando vió a su matador, corrió tras de él veloz.



Y Saltacharco, asustado, en un burladero ha entrado.



Y allí murió el desgraciado, como una chinche aplastado.

La chiquillería comenzó a perseguirle. Al desembocar en la Puerta del Sol, seguían ya en su carrera a Trujillo unas cincuenta personas. El reloj del Ministerio de la Gobernación marcaba las diez y veinte. Lucas comprobó, desolado, que en la gran plaza tampoco había desalquilado ningún carruaje. ¿Qué hacer? Dábase Lucas a todos los diablos; comenzaba a sudar de modo copioso. Decidióse, al fin, a proseguir su marcha por la calle de Alcalá. Dirigióse, siempre corriendo, hacia esta rúa. Los perseguidores de Trujillo habíanse elevado a ciento. Frente a la calle de Sevilla, Lucas, esperanzado, divisó una motocicleta detenida. Se lanzó a ella como una bala, y al conductor le preguntó anhelante:

— ¿Estás libre?

— Sí, señor.

Lucas dejóse caer, rendido como un pelele, sobre el *side-car*. Los perseguidores, ávidos de enterarse, rodeaban la moto.

— ¡Vamos a la plaza de la Alegría, volando!...

El motociclo, al ponerse en marcha, dió una arrancada brusca, y en la calle sonó un alarido de horror; pero la máquina no se detuvo en su avance. Lucas volvió la cabeza para enterarse de lo sucedido. Total, nada, una insignificancia. Lo ocurrido, era que la motocicleta, al arrancar, había atropellado a tres curiosos.

La moto avanzaba calle de Alcalá arriba, mientras Lucas Trujillo meditaba acerca de su boda. Iba a contraer un matrimonio de los llamados de conveniencia. Se casaba con una señorita que, en el momento en que se celebraran las nupcias, poseería un capital fabuloso dejado por un pariente fallecido en América, con la condición expresa de que entraría en posesión de la fortuna el mismo día en que se efectuara su boda. Sólo por esto resignóse Lucas a unirse, pues era enemigo acérrimo del matrimonio, y, sobre todo, fastidiábale en extremo la ceremonia en sí de la boda. Encontraba ridículo aquello de que se reuniesen alrededor de los contrayentes unos pseudoamigos dedicados a la murmuración y a hablar mal del nuevo matrimonio. Los hombres hacían comentarios picantes que ruborizaban a la novia, y las mujeres se burlaban de la figura del novio, siempre algo ridícula,

con su chistera y su frac. Lucas Trujillo opinaba que si no se celebraban bodas ¡habría muchísimos más matrimonios!...

En estas meditaciones hallábase Lucas cuando observó que se encontraba en la plaza de la Alegría. Rápido apeóse del *side-car*, dirigiéndose a la casa donde habitaba la madrina, quien le esperaba impaciente en el portal.

Era la madrina la marquesa de Campodemonio, una gruesa señora que pesaba ciento cinco kilos, y la cual ocupó ella sola el *zapato*, teniendo que montar en el soporte de la motocicleta, o sea detrás del conductor, nuestro amigo Trujillo. Partió la moto camino de la iglesia de San Lorenzo, llamando poderosamente la atención por cuantos lugares pasaba, pues, ciertamente, todos los días no podía admirarse a una señora gruesa, ataviada con la clásica mantilla española, suspendida de descomunal teja, ocupando un *side-car*; así como tampoco era cosa corriente el poder contemplar a un caballero de frac y chistera colgado en el soporte de una motocicleta. Cruzando las Rondas, desembocaron en la plaza de Lavapiés, y llegaron a la iglesia de San Lorenzo.

Por fin, aunque algo tarde (serían muy cerca de las once), iba a poder casarse. Con la mirada buscó Trujillo a su prometida. Los invitados, que ocupaban el atrio de la iglesia, parecían rehuir de la presencia del novio. ¿Qué pasaba? A un amigo con quien tropezó Trujillo le explicó:

— Se me ha hecho algo tarde; pero creo que habré llegado a tiempo. ¿Dónde está la novia?

— Pero... ¿no sabes nada?

— No. ¿El qué?...

— Pues... — le comunicó el amigo con cierta precaución —. Tú ya sabes que tu prometida, la baronesa de Canto-Quejido, en cuanto se casara contigo disponía de una inmensa fortuna. Mas resulta que estaba en combinación para, en cuanto se celebrase la ceremonia, estando ya casada, y, por tanto, en posesión del capital heredado, fugarse con su padrino, don Alejandro Mirón, a quien tu prometida quería de veras, y con el cual no podía contraer nupcias por ser ya casado... Pero como tú no has venido a la hora señalada para la boda, han temido que tú supieras

o sospecharas algo, y ella, como una heroína de comedia, ha renunciado a la fortuna para irse con el hombre a quien ama.

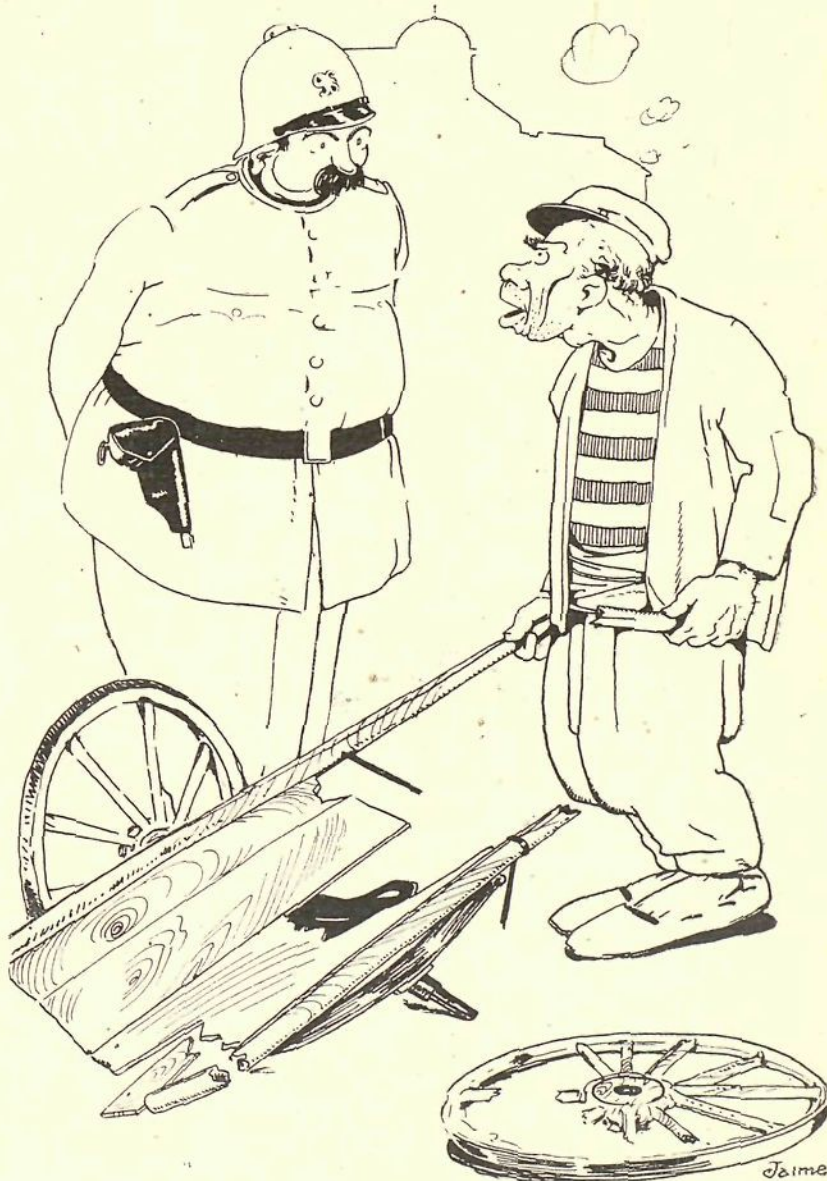
— Entonces — comentó, sorprendido, Trujillo —, ha sido para mí una fortuna el que se me haya olvidado que hoy me tenía que casar. Sí, hombre; porque si llego a tiempo, fíjate tú el papelito que hubiese hecho. Yo, como soy un fatalista,

me inclino ante lo sucedido. Pensaba ponerme en curación para arreglarme de esta amnesia que padezco; pero ya no lo voy a hacer.

Y quitándose la reluciente chistera, mientras se limpiaba el sudor de la frente, añadió:

— ¡Bendita sea, bendita sea esta mala memoria mía!

Luis ESTEBAN.



Dib. JAIME.

— Señor guardia, acabo de sufrir un atentado personal y en mi propia cara.

— Pues no se le nota a usted nada...

— Pero ¿no ve usted cómo me han puesto el carrillo?...

"BUEN HUMOR" EN PARÍS

Crónicas absolutamente veraces de un viajero regocijado

VIII

¡¡Señores, este París es inmenso!!

Yo no me canso de admirarle, y eso que sí me canso..., porque como BUEN HUMOR me obliga a recorrerle a pie para ahorrar gastos superfluos de vehículos, acabo todos los días hecho un guiñapo... Debo reconocer que aquí las calles están magníficamente pavimentadas, por lo cual se cansa uno con más gusto que en Madrid; pero, en fin, se cansa uno..., y no insisto más para no cansarles a ustedes...

He hecho, no obstante, una observación que demuestra la bondad del pavimento; aquí nadie tiene callos: ni los transeúntes en los pies, ni los taberneros en los escarpates... Citaré un ejemplo: un servidor se ha traído en el equipaje una escofina Losada, porque un servidor tiene un ojo de gallo tan enorme, que más que un ojo de gallo parece un ojo de Pastora Imperio... Ya saben ustedes la forma de las escofinas Losada, ¿verdad?... ¡Pues la camarera que tengo en el Grand Hôtel, que, por cierto, se ha hecho íntima amiga mía, descubrió el otro día el aparato callicida, y entregándomelo me rogó casi con lágrima

mas en los ojos, que hiciera el favor de tocarla alguna cosal... Al pronto no comprendí, y me dispuse a ejecutar sus órdenes en forma equivocada; pero después de una serie de incidentes y de explicaciones, me di cuenta de que la muchacha tomaba la escofina ¡por una flauta española!... ¡Claro que le demostraré técnicamente que aquello tenía muchos agujeros para que pudiese producir buena música, y le dije que era una cosa que yo tenía para los ojos, lo cual dió origen a una nueva equivocación de la chica, que creyó que, aplicándose la escofina a los suyos, iba a disfrutar de una serie de vistas panorámicas de Madrid, por el estilo de aquellas que se veían antiguamente en los mangos de las plumas!... En fin, que cualquier aplicación le parecía más lógica que el hecho de frotarse con el fantástico instrumento en los dedos de los pies...

Yo, sintiéndome patriota, no quise hablar mal de los alcaldes de Madrid, que no nos quieren poner un buen piso a los madrileños, con la sola excepción de uno que hubo hace algunos años, que, si bien no nos puso un piso de importancia a todos, puso un piso bastante regularcillo a una joven de Chamberí,

que se lo agradeció mucho... Y al no hablar mal de los alcaldes, di a la amable camarerita una explicación caprichosa de mi dolencia pedestre: le dije que en España teníamos esa clase de callosidades la mayoría de los literatos, en virtud de que escribíamos con los pies... ¡Sólo entonces se convenció, y hasta le pareció poco un ojo de gallo en relación con el trabajo que yo hago...; pero yo le hice saber que había en España compañeros míos que tenían los pinreles hechos una lástima, prueba de que usaban de las extremidades inferiores con mayor prodigalidad todavía que este curall...

De repente, tuvo la linda servidora una inspiración celeste:

— ¿Es escritor Romanones?... (Conocía al conde por haberle visto en el Grand Hôtel cuando vino a visitar a Wilson.)

— ¡Sí, hija mía!... ¡Eso dice él! — le contesté.

— Y ¿cómo se arregla para escribir con los pies, teniendo uno de ellos en tan mala forma?...

A lo cual añadí yo:

— ¡¡No escribe con él...; pero creo que dicta..., y el resultado es el mismoll... ¡¡Pata!!...

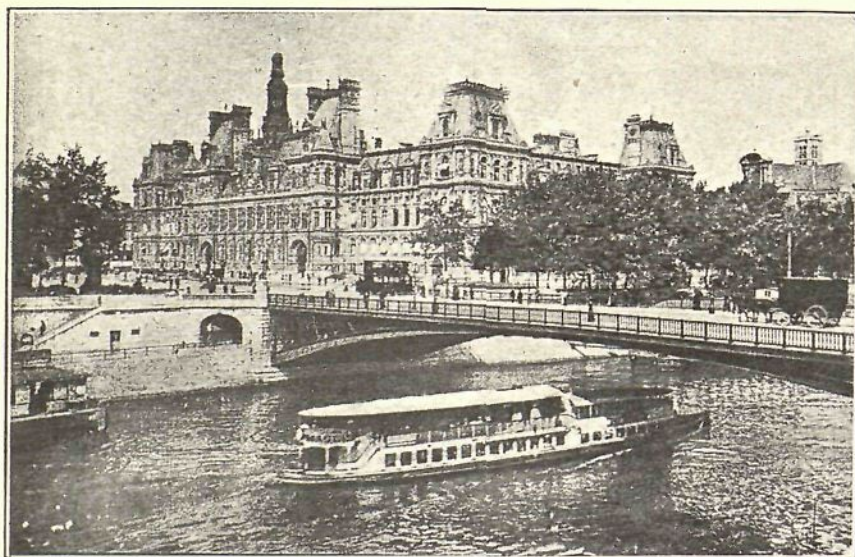
IX

Decíamos, pues, que cumpliendo las órdenes de BUEN HUMOR, de no gastar un céntimo en coche más que en caso de enfermedad grave, síncope o herida mortal, me pego cada paseo que me mondo..., y el resultado es que hoy conozco ya París casi como Victor Hugo.

Lo primero que he sacado en limpio de mis marchas y pasodobles por las *rues, avenues, places, allées, squares y boulevards*, ha sido que París resulta en conjunto bastante mayor que Badajoz, y casi tan enorme como Reus, pues ayer mismo recorrí la calle de *Vaugirard* de punta a punta (ida y vuelta), y me tuve que llevar merienda, aunque el paseo no fué de los más largos... (Los que conocen París saben que del Grand Hôtel al final de la *rue de Vaugirard*, y regreso por el mismo sitio, no hay más que unos diez kilometritos, y lo escribo en diminutivo, porque no me gusta abultar las cosas...) No obstante, sepan ustedes que un kilometrito tiene mil metritos en París; sobre poco más o menos, los mismos que en Madrid, Zaragoza y Alicante... Huelga decir que ya he roto dos pares de zapatos, aunque me consuela de esta pérdida la satisfacción de ver cosas interesantes, lo cual puede condensarse en el siguiente aforismo: la satisfacción consuela, y sin suela los zapatos...

Y ahora, entremos en materia.

Una de las cosas más dignas de ob-



EL «HOTEL DE VILLE»

Algún cándido lector pensará que este hotel admite viajeros y huéspedes estables, y que yo, por lograr una pequeña economía, me he trasladado a él, abandonando el Grand Hôtel sin sentir el menor remordimiento.

Nada más lejos de la verdad. Hôtel de Ville quiere decir, poco más o menos, Casa Consistorial, Ayuntamiento o Casa de la Villa (¡me parece que me explico bien), y es el sitio donde se reúne en París el Consejo Municipal (en Madrid, en vez de Consejo, es Concejo, frase que quedó desde una vez que hubo un alcalde andaluz).

Hay también otra diferencia entre ambas casas, y es que en el Hôtel de Ville no hay patio de cristales, ni los concejales chupan del bote, a pesar de tener tan cerca un río navegable (¡en Madrid chuparían hasta de los vapores!), ni tampoco hay ningún concejal parisense que diga haiga, quizás porque no sepan hablar el castellano (mal), como bastantes ediles de los nuestros..., y digo bastantes, porque hay algunos que ni aun mal lo hablan...

servación en París la constituyen los rotulos de los establecimientos: hay en *Montmartre (rue Lépici)* un *restaurant*, cuyo titulo *Au paradis des amoureux* (o sea, *Al paraíso de los enamorados*) lo dice todo. Esta mañana penetré en él y me convencí *ipso facto* y sobre la marcha de que el titulo lo dice todo; pero los parroquianos y las parroquianas, aunque no lo dicen, lo hacen... Si comen sopa y pescado del Marne, se besan; si croquetas y ternera fiambre, se osculan; si pollo asado, se mordisquean; si tortilla, se hacen unos mimos catatróficos... Entrada *al paraíso*, dos francos... En el salón había más de treinta parejas, y, ¡cosa rara!, únicamente yo estaba bailando... Precio del *cubierto*, tres francos (y teniendo en cuenta las escenas que a medias he descrito, comprenderán que el *cubierto* fué un servidor durante toda la comida..., y no porque me dijeran que me cubriese, sino porque ellos mismos me pusieron el sombrero con delicada política)...

Al lado de este *restaurant paradisíaco* hay un bar, también frecuentado por amantes célebres, que se titula pomposamente *Bar Moscou*; y pared por medio del Bar *Moscou*, puede verse otra *cervecería*, cuyo rótulo dice claramente *BAR RIGA*, palabra sospechosa que me hizo temblar al pensar en lo que podían hacer las frenéticas parejas en los recónditos ámbitos (¡¡jórdago!!) del establecimiento...

Pues en la *rue du Temple* he visto otro *restaurant* titulado *Au rendez-vous des nègres* (traducción: *Al punto de cita de los negros...*, o como traduciría García Álvarez: *El rendibú de los negros*)... Este magnífico comedor anunciaba como plato del día calamares en su tinta; y, según he sabido, constituyen su parroquia todos los negros que forman las diversas orquestas o *jazz-bands* que funcionan en los distintos teatros y cafés de París, montados al gusto norteamericano... Parece ser que, como se trata de un cubierto económico, la casa servía con frecuencia a los negros unos estofados de judías blancas maravillosos; pero, aunque a los negros les volvían locos las blancas (a pesar de ser judías), los empresarios de los espectáculos se quejaron de que el día que se les servía ese plato, las orquestas producían un ruido ensordecedor, que causaba tremendas neuralgias a los oyentes; y aunque no se ha podido averiguar qué clase de relación existe entre los estofados de judías y la música de aire, fué suprimido ese plato del *menu*...

X

En un modestísimo café de la *rue du Cherche-Midi* (traducción: *calle de haz el favor de buscar el mediodía*), he realizado un hallazgo importantísimo.

¡Mientras tomaba una cosa que el camarero llamó café, pero que sabía a *solución Pautauerge*, por lo cual no me quejé, porque pedir una bebida y que le



EL «BOULEVARD» DE LOS ITALIANOS

Tengo el gusto de presentarles a ustedes el boulevard más elegante y más animado de París. Claro que la fotografía no está tomada a la hora de las elegancias, ni a la de la animación, pues no son más que las diez y cuarto de la mañana, como pueden ustedes comprobar fácilmente mirando el reloj adjunto al primer farol, cuyo guardia, también adjunto, ha hecho amistad conmigo a las nueve y media, y me encarga sus afectuosos recuerdos para todos ustedes. No se quejarán de mí los lectores, pues el mandarles no ya un recuerdo, sino varios recuerdos de París, demuestra mi interés y mi buen deseo.

den a uno *una solución* en estos tiempos es una felicidad..., mientras la tomaba, repito, observé a unos operarios uniformados que instalaban un teléfono, ¡pásmense ustedes!, pedido por el dueño hacía únicamente cuarenta y dos horas!... ¡La vergüenza que sentí al comparar este hecho con la conducta de la Compañía Telefónica de Madrid, no es para descrita, y, por tanto, no la describo!... El caso es que los operarios terminaron la tarea colocando en la puerta de la cabina donde estaba el aparato este letrero, que me lo explicó todo: TELEPHONE.

La conclusión que de esto se saca, querido lector, es sencillísima, a la par que humillante para los madrileños:

¡Y es que si pides un aparato en París, la Compañía *te le phone*, y si lo pides en Madrid, *no te le phone*, aunque *te phongas* como *te phongas*!...

¡Los españoles tenemos muy mala *phata*!...

XI

Acabo de ver a Poincaré paseándose por la *avenue Kléber*... Iba con otro... Esto no tiene importancia; pero si la tendría si hubiera ido con otra, sobre todo para Mme. Poincaré...

Le he saludado, quitándome el sombrero... ¡Me ha mirado, se ha sonreído, ha dicho al otro: «*Je ne le connais pas*», se ha encogido de hombros, no me ha contestado al saludo, y ha seguido andando!...

¡Se avecina un conflicto internacional, porque mañana mismo voy a quejarme a la Embajada española!...

XII

Acabo de hacer una conquista...

Volvía yo decepcionado y llorando a lágrima viva por el desprecio que me había hecho Poincaré (¡a quien he retirado el saludo desde hoy!...), cuando, al penetrar en la *rue Galilée* me he encontrado con una francesilla preciosa... La he requereado con precauciones, porque algunas son honradas y se molestan y llaman a los guardias, y la francesilla ha sonreído... ¡Ha conocido que yo era un *largo*, y me ha dado permiso para que nos metamos en harina!... ¡Y en este momento estoy con las manos en la masa!...

Pero al que diga que el pan está barato en París, repliquenle ustedes que es mentira... ¡En el instante presente me he gastado ya veinte francos en la francesilla..., es decir, se los ha gastado BUEN HUMOR, que es el que paga!...

Y me saldrá más barata, porque he usado de una martingala... Ella se creía que yo era viajante, y yo le he dicho que soy torero, entregándole una tarjeta de un íntimo amigo mío, que dice así: *Juan Anlló, Nacional II, matador de toros*.

Al leerla, la chica se ha privado...; pero yo me he aprovechado, y no me he privado de nada...

¡Querido Juan, no me tomes en cuenta esta suplantación! ¡Y yo te prometo que, si me dan la oreja por mi faena, te la apuntaré en tu lista, y te la enviaré por correo!...

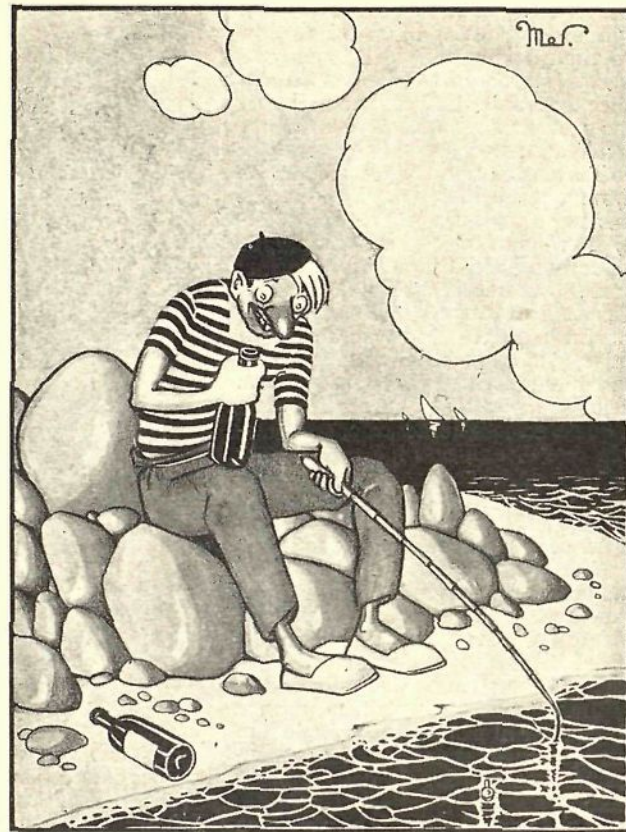
ERNESTO POLO.

París. — Restaurant Paillard. — Julio.



Dib. Egui. — León.

— ¡Una limosna, caballero!... ¡Tengo ocho hijos!...
— ¡Hombre, con ocho no se pide!... ¡Se abate!...



Dib. MEL. — Cuatro Vientos.

— ¡La cuestión es pescar algo!...

GUARDIAS VERANIEGOS

Al celoso guardia
mil quinientos cuatro
le decía anoche
la señora Patro:

— ¡No puedo mirarte
con serenidad!

¡Bien te puso Priego!
¡Qué barbaridad!...

Con la blanca funda
que te cubre el casco,
no parece que eres
Melitón Charrasco,
sino un ser que aguanta
sobre la mollera
un pilón de azúcar
como tapadera.

Yo deploro mucho,
maridito mío,
verte con la funda
propia del estío,
pues no hay quien conserve
pura su belleza

con un merengazo
sobre la cabeza.
Y aun hay que dar gracias,
porque creen seguro
que con ese trapo
sobre el casco duro,
no estando a la vista
fieltro ni charol,
en los sesos huecos
no penetra el sol;
y durante el tiempo
de las vacaciones,
en que os daban antes
las insolaciones,
lejos de sudaros
todo, esposo mío,
mientras otros suden,
vais a tener frío,
como si la cumbre
de vuestro casquete,
más que de otra cosa,
fuera de sorbete.

Frío causa veros
a los del oficio
ir de *punta* en *blanco*
a prestar servicio;
y aunque envidia os tengan
(pues la envidia abunda)
por el rico fresco
que os dará la funda,
no te creas que esa
fundación me agrada,
pues no debe usarse
funda para nada;
y aunque siempre cuentas
con mis simpatías
por tus expansiones
y tus bizarrías,
hoy no puedo verte
con serenidad.
¡Bien te puso Priego!
¡Qué barbaridad!...

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.



Dib. LÓPEZ RUBIO. — Madrid.

- ¿De modo que sois novios? Ten presente, hijo mío, que uno de los enemigos del alma es la carne.
 — No tenga cuidado, padre. Esta no tiene más que huesos.

LAS COSAS DE LOS TEATROS

LA GLORIA



CUANDO estas líneas vean la luz pública, ya se habrá despedido de nuestro público la compañía de opereta italiana que actuó tan poco tiempo en el Retiro.

Decimos poco tiempo porque, en realidad, no lo hemos tenido de cansarnos de ella, y nos ha hecho pasar buenos ratos. A nosotros no nos gusta *bombear* desde este sitio; pero, en honor a la verdad, las noches pasadas estuvimos encantados en los Jardines. Figúrense ustedes: la música dulce, mujeres guapas, las frondas, la noche... ¿Dijimos que estábamos encantados en los Jardines? Pues era al revés. Eran los jardines encantados, y nosotros en ellos...

Ahora que, para cosa buena, lo que dicen que van a traer después de la compañía Barreto-Ballester, que, por cierto, debutará en seguida. Piensa contratar la empresa nada menos que a los individuos premiados en el concurso de *cante jondo* de Granada.

¿A ustedes les da por lo flamenco? ¿No? Pues cállenselo, porque ahora lo más *intelectual* es decir que uno se *perece* por las *segurías*, y los *polos*, y los *martinetes*, y las *cañas*. Sobre todo los *polos* y las *cañas*. Ahora en verano eso del *Polo* es algo muy a propósito. ¡Y no les quiero a ustedes decir lo bien que sienta una *caña*!

La Gloria, querido lector.

EL PARAÍSO

Después de hablar de la Gloria, nos parece muy oportuno ocuparnos también del Paraíso. Además, que en una sección de teatros es lógico hablar de eso: del paraíso.

Trabajan actualmente en el mencionado parque de recreos — recreos *honestos*, según se anunció por la Prensa — los artistas de la compañía Puchol-Ozores, y, al parecer, el nego-

cio no va mal. Están, pues, todos encantados de la vida, de lo que nos congratulamos sinceramente.

Hay en aquel Paraíso Evas de excelente calidad y Adanes de lo más en carácter que se suele dar.

Y para que todo esté completo, nos aseguran que se va a estrenar una opereta titulada *La célebre manzana*.

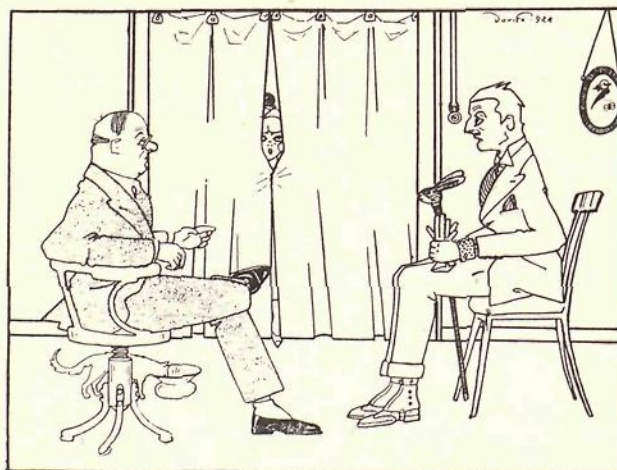
Nos parece francamente bien. Lo único que nos preocupa es saber quién hará el papel de la *serpiente*.

Algunos malévolos han venido a darnos las señas personales y todo. Pero nosotros no lo queremos decir.

EL INFIERNO

¡Oh lector carísimo! El Infierno, con todas sus torturas imaginables, con las calderas hirvientes, con los demonios bien armados de tenedores, son las tertulias de cómicos sin contrata en las que se zahiere, despelleja y hasta se insulta a todo el género humano que tiene la más pequeña relación con una bambalina.

¿Usted no conoce, lector, una de estas tertulias? Quizás, si tenemos tiempo, dentro de poco publicaremos una información sobre tan sugestivo tema. Nos limitamos, por ahora, a recoger la nota dominante en el mundillo teatral: los que van y vienen, y esperan y desesperan, y hacen correr noticias tenden-



Dib. DORITO. — Madrid.

- De modo que usted y mi hija...
- Sí, señor; los dos...
- Y usted, ¿qué es, pollo?
- ¿Yo?... Pues... soltero.

BUEN HUMOR

ciosas y nos engañan, pueriles, a los que recogemos informaciones teatrales...

El Infierno, sí, caro lector.

Nosotros pondríamos en cada reunión de esas la trágica inscripción: *Lasciate ogni speranza...*

Pero ¡a lo mejor no lo iban a entender!

José L. MAYRAL.

Del Real a la Latina, pasando por Fuencarral.

(Chismorreo, chirigoteo, algo de información y su poquito de gualicheo.)

— ¿A que no sabes quién ha pedido el Retiro?

— Berenguer...

— ¡Que te asen un corista, Belorcio! Te hablo del Retiro-teatro.

— ¡Ah! Lo ignoro en suma, amado Berúlez.

— Pues lo ha pedido Losada.

— ¿Quién es ese señor?

— ¡Hoy vienes berroqueño, Belorcio! Losada es el actual empresario del Rey Alfonso y del Cómico. Y ha pedido el Retiro para estrenar en él una zarzuela que, por su mucha complicación, sólo allí puede representarse.

— Cuenta, cuenta.

— Verás. Se titula *Aventuras de Aben-Tiras*, y se trata de un rifeño enriquecido con esto de la guerra, que se dedica a explorador. El primer acto se desarrolla en un jardín del harén de Aben, y Losada piensa montar la acción en el *parterre*.

— Muy propio.

— Enamorado el rifeño de una *ecuyère*, la sigue hasta el circo donde trabaja. Pero el marido, que es domador, los sorprende, y encierra a Aben entre sus leones, por lo cual el segundo acto se desarrollará en la Casa de Fieras.

— ¡Colosal!

— Pero Aben es forzado: lucha con el león y le vence.

— ¡Ya podrá con el del Retiro!

— Naturalmente; por eso le aprovecha Losada.

— Sigue.

— Se escapa.

— ¿El león?...

— Aben-Tiras. Huye de la *ménagerie* y corre a la playa, donde advierte un *yacht* que flota; le fleta, y escapa mar adentro. Lugar de acción: el estanque...

— No sigas; me figuro el resto. Al verse privado de su amor le acomete una rabia espantosa. Lugar de la rabia: la Exposición canina...

— No, hombre, no. La obra concluye con un emocionante combate naval, en el que tomarán parte el vapor grande, tres canoas, ocho hidrociclos y una gasolinera.

— ¡Qué bárbaro! Va a ser un éxito. Pero oye, y el público, ¿cómo va a presenciar los tres actos?

— De un modo sencillísimo. Cada acto se representará una noche.

— Maravilloso; pero observo que le falta un acto.

— ¿Un acto?...

— Evidente. Aprovechando la proximidad, el último acto creo yo que debía representarse en la estación del Mediodía.

— Te advierto que esa ironía ferroviaria le va a molestar.

— ¿A la estación?...

— A Losada.

— Pues a mí me parece de un efecto feroz. Esto, aparte de la enorme ventaja...

— ¿Qué ventaja?

— La de que si no gustase la obra y la pitasen, siempre quedaba el recurso de decir que las que pitaban eran las máquinas.

— Eso, sí...

— Oye. Y ¿por qué ese cambio de espectáculo en el Retiro? ¿Es que les va mal a los de ahora?

— Es que en aquel teatro no hay espectáculo posible mientras no se pongan de acuerdo con el restaurante inmediato. Tan pronto ataca en el teatro la orquesta, comienzan a tocar los zinganos del restaurante y a gritar los camareros; y entre el jazz-band de los músicos y el «¡ya val!» de los mozos, no hay quien se entere de lo que sucede en el escenario. Esto aparte, a nuestra clase media no le gusta del italiano nada más que los macarrones, y, claro, no hay negocio posible.

— Evidente. ¿Hay más noticias?

— ¡Psch! La de que Thuiller vuelve con la Guerrero.

— ¿Y Díaz de Mendoza?

— Al retiro.

— ¿Con Losada?

— A descansar, Belorcio. Está fatigado.

— ¿Qué más? Dime algo que pueda yo decir.

— Sí, hombre. Puedes decir que el sábado has visto a Zorrilla en un reservado de la cuesta con la señora de un ilusionista peruano que trabaja en Proyecciones.

— ¡Qué Zorrilla!

— Siempre tan loco. Y puedes decir que estaban proyectando escaparse a Checoslovaquia en cuanto Perico cobrase el préstamo en el Español. Puedes decirlo.

— ¿Sí?

— Sí. Lo más lógico es que te corten la cabeza en rajas; pero puedes, puedes decirlo...

EL LORO DEL RIN

TITIRIMUNDILLO

— Chico, no sé qué hacer este verano. ¿Me voy al campo?... ¿Me voy al mar?...

— ¡Caray! Pregúntaselo a Unamuno, que tiene que dar su opinión acerca de todo.

BUEN HUMOR en París:

«Ernesto Polo se paseaba por la rue de Aboukir...»

¡Pero, hombre!... Si eso es lo mismo que decir en Madrid: «Me paseaba por la calle de Mira el Sol o el callejón de Tudescos.» ¡Vaya sitio ameno!...

En la corrida de prueba de Pamplona ha sido gravemente herido un torero.

¿No era de prueba?

Por lo visto, en Pamplona los toros escogen a los toreros como a los melones.

«En Rusia no se bautiza.»

Realmente, ¿para qué?

Porque luego los bolcheviques se encargan de romperle el bautismo a todo el mundo.

— Eso de municipalizar el pan, ¿en qué consiste?

— Pues debe de ser meter a un

guardia municipal dentro de cada panecillo.

«Quisimos ser los primeros en estrechar las manos a García Velloso.»

Y ¿por qué estrechárselas? ¿Tan grandes tiene las manos?

«Haciendo gala del tópico.»

Haga usted toda la que quiera.

Precisamente, eso sale sumamente barato.

«El alcalde estudió la cuestión del pan en todos sus aspectos.»

Y es que le trae la cuestión del pan, ¡frito!

«Las muchachas bailan sobre una lona resbaladiza.»

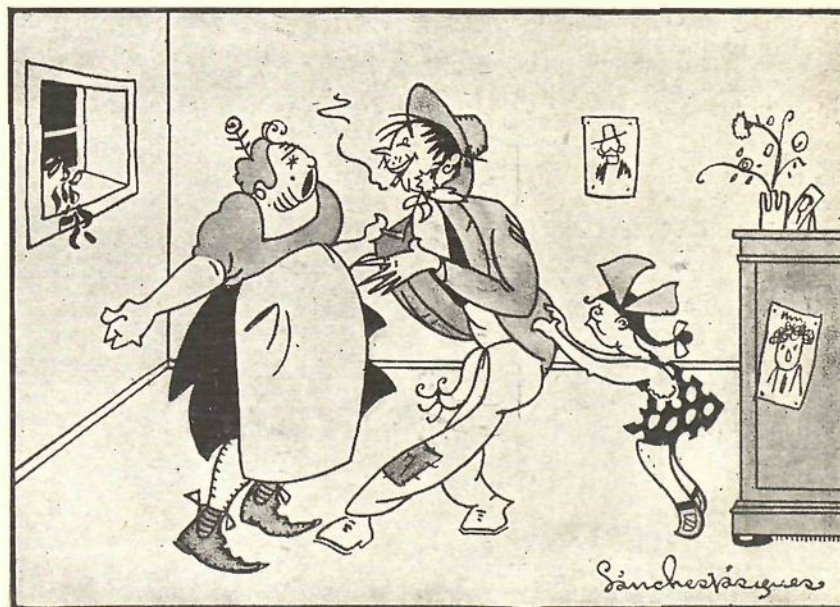
¿Muchachas y terreno resbaladizo?... ¡Luego se extrañarán de ciertas cosas!...

En el Brasil, las tropas leales han tomado Copa Caranha.

¡Lástima de lucha para tomar una Copa!

«Los gorritos que vemos en todo equipo de novia son preciosos.»

Es la opinión de las madres, misas y señoras de compañía. ¡Hay que ver los gorros de las novias!...



Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ. — Málaga.

— ¡Borracho!... ¡Sinvergüenza!... ¡Que todos los días te has de gastar el jornal en vino!...

— ¡Pero, mujer!... ¿Tú te crees que el aguardiente me lo dan gratis?

== LAS ECONOMÍAS DE SU EXCELENCIA ==



No se puede con tanto gasto; de seguir de esta manera, señor, vamos a la ruina, no ya por la *pos-ta*, sino en galera acelerada. Tal había dicho al duque de X su fidelísimo administrador, y parece que el hombre, aparte de lo que, sin comprometerse, pudiera quedarse entre las uñas, hablaba con tanta verdad como el Evangelio.

Todo eran banquetes, cacerías, jiras por sus vastas posesiones. Claro que muchas de estas fiestas celebrábanse en honor de Sus Majestades; pero por ello mismo acrecentábanse los desembolsos del patrimonio ducal, porque a tan egregias personas no podíaseles obsequiar de cualquier manera.

El privado, que a la sazón era el poderoso duque de Lerma, echaba, como dicen, la casa por la ventana en análogos dispendios; y a estotro duque, cuyo nombre no ha querido conservar la Historia, no le parecía bien ser menos.

Así y todo, meditó las prudentes palabras del tutor de su hacienda, hizo algunos números cuando se quedó solo, y vió clara como la luz del día la triste realidad.

Así no se podía seguir. Y pensó: «Desde año nuevo, vida nueva.»

Y el día primero de enero, muy de mañana, llamó al administrador y le dijo:

— Amigo don Lucas, he dado muchas vueltas a lo que me dijisteis los días pasados sobre que con esta vida se me va la hacienda como la sal en el agua, y he conocido que os sobra la razón por encima del cope. Es fuerza hacer economías. Sentaos, y veamos por dónde será bien que empecemos.

Obedeció el mayordomo, y tras de calarse unas descomunales antiparras, sacó del colete un papel donde tenía anotado el proyecto de economías de su amo.

— El primer punto, señor, es la mesa — dijo el hombre —: es un escándalo lo que se gasta en comer en esta casa, aun después de haberse promulgado la pragmática contra el lujo de la mesa, que no consiente más de cuatro platos en cada comida.

— Por este renglón, hermano don Lucas, asad como sobre ascuas, porque si tras de enernos que ceñir a hacer penitencia como un cartujo, vamos a comer solos, el aburrimiento y la hipocondría corroerán mi ánima; y, como dicen, peor será el remedio que la enfermedad. Yo no puedo atravesar bocado si no tengo convidados ocho o diez amigos.

El hacendista grabó en su rostro un mohín de resignación, y tachó aquella línea.

Organizada por la Sociedad de Amigos del Arte, se ha celebrado en Madrid una Exposición de dibujos originales de 1750 a 1860, que ha sido un éxito para sus organizadores, pues han presentado un admirable conjunto de obras

de Goya, Alenza, Lucas, Madrazo y todos los grandes artistas españoles o residentes en España durante la segunda mitad del siglo XVIII y primera del XIX.



Dibujos de Goya que han figurado en la Exposición, en los que se manifiesta el fuerte temperamento del maestro de Fuendetodos.

Ayuntamiento de Madrid

— Pasemos, señor, al capítulo del juego. Un día con otro no se deja vucelencia sobre el tapetillo verde menos de mil quinientos ducados.

— Pero es en la cámara real, y no hay medio de zafarse. Hay que frecuentar aquella casa, sobre que también suele dársele la naípe en favor...

— Y entonces gana vucelencia obra de doscientos o trescientos ducados; pero como trae por lastre la pérdida de las noches anteriores...

— Borrada, hermano, borrada, y dejad eso, que es fuerza mayor.

Nuevo gesto, esta vez más marcado, y nueva tachadura, esta vez más recia.

— En las caballerizas de vucelencia hay diez caballos de montar, otros diez de tiro y cinco coches, sin contar las dos galeras de camino. Yo creo que podemos dejar ocho bestias, dos carretelas y la una de las galeras.

Aquí meditó un rato su excelencia, al cabo del cual dijo:

— No es posible, porque con todo eso estoy mal servido. Aun ayer estuve para comprar otro tronco que me ofreció el marqués de Haro. Seguid, buen Lucas.

Otro tachón, y otro gesto.

— Servidumbre...

— Alto ahí, pecador — exclamó el amo antes de que el criado siguiera adentrándose por tan farragoso capítulo —; todo el poblado de mayordomos, ayudas de cámara, pajes, escuderos, cocineros, pinches, etc., etcétera, ¿cuántos son entre todos?

— Cincuenta — respondió don Lucas.

— Y ¿qué casa ilustre visteis vos que se tenga con algún decoro, en que no haya el triple de criados? Aun el otro día mi prima, la duquesa de Osuna, quejábase de que, como van los tiempos malos, no podía tener más de cien criados. Borrón, y a otra cosa.

Obedeció el viejo y continuó:

— Gasto de luces. Un día con otro no se gasta, sólo en aderezar candiles, velones y faroles, menos de una arroba de aceite; y si es bujías, señor, se asustaría vucelencia si las viera puestas en montón.

— Ahí sí creo que está el toque, y creo que se puede poner orden. En el zaguán sobra luz.

— Hay cuatro reverberos y un farol grande — respondió don Lucas.

A lo que arguyó su excelencia:

— Realmente es mucha iluminación. Quétese el farol.

Y como quien ha tomado una resolución enérgica con la que verá nivelarse su quebrantada hacienda, comentó el duque:

— ¡Hay que hacer economías!...

Y no quiso pasar adelante...

DIEGO SAN JOSÉ.

LA BARAJA DEL AMOR

(Epistolario cómicoamoroso.)

XXXIX



SEÑORITA, las cosas claras, y el chocolate, a la española. Yo soy como soy, no como querría ser. El día que me dió usted el sí, tenía la misma estatura que hoy: poco más de un metro; como a mis años lo probable es menguar, resulta que no la sirvo a usted para nada. ¡Y eso lo ve usted ahora!... En fin, más vale tarde que nunca. No se haga usted de nuevas. Me han contado de pe a pa todo cuanto dijo usted anoche en el baile de la Embajada francesa. Sé que hizo usted *de reir las tripas* a todo el Cuerpo diplomático sacándole punta a mi insignificancia física...

No es difícil hacer las delicias de los demás poniendo en ridículo a una persona, máxime más si la persona ridiculizada tiene un defecto.

¿Que soy culibajo? Ya lo sabía usted el día en que, cogiditos de la mano en el cine, me decía usted:

— A mi primo, le detesto. Un hombre tan alto no es útil más que para colgar cuadros... En cambio, tú eres tan monín...

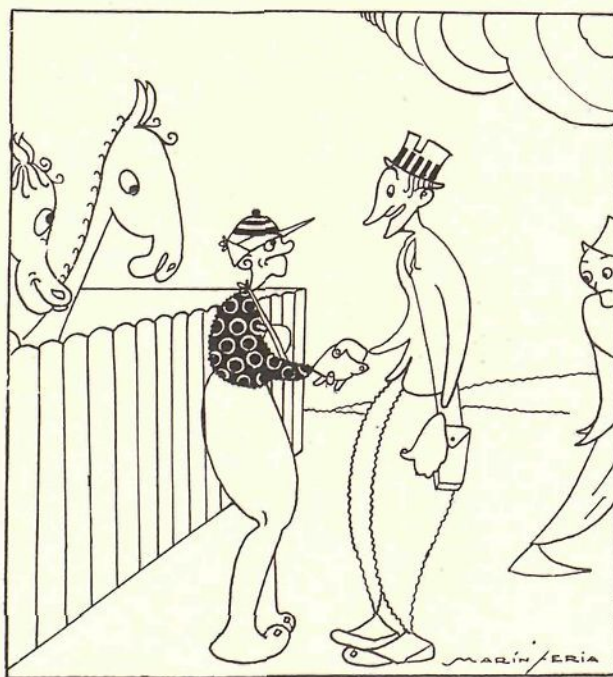
Todo se lo perdono a usted, menos que negara usted que somos novios, es decir, que lo hemos sido: ya, ni amigos ni conocidos. Ya se arrepentirá usted de lo que se ha burlado de los pequeños; que ha de saber usted que pequeños, muy pequeños, de cuerpo, no de inteligencia, fueron, entre otros muchísimos, Tito, Confucio, Lutero, Swift, Goethe, Stuart Mill, lord Lytton, Disraeli, etc., etc. Ulises debió ser sometido por Palas a un engrandecimiento milagroso; también fueron pequeños Alejandro, Dickens, Platón, Thackeray, Gladstone, Epicuro, Aristóteles, Arquímedes, Diógenes, Atila, Epicteto, Carlos Martel, Pepino el Breve, Erasmo, Linneo, Spinoza, Montaigne y Milton.

Moore, Scarron, Kant, Federico II, Schiller, Miguel Angel, Napoleón, Calvino, Melancton, Shaftesbur y Pope eran casi enanos, a pesar de ser grandes hombres. Lo mismo le aconteció a Alberto el Grande; y sepa usted, señorita, que Lombroso dice «que el genio no es más que una manifestación de degeneración». Una alta estatura no excluye el talento ni el genio; pero parece que tampoco lo ayuda.

De sobra me sé que todo el mundo quiere ser alto: Saint-Beuve hubiera deseado tener la talla de sargento de gastadores, lo mismo que la gran mayoría de nuestros contemporáneos.

Yo, no lo niego, quisiera ser buen mozo, tener el tipo fino, sobre todo ahora, que los buenos tipos tienen fácil salida en los *soupers-tangos*. Para ser ayuda de cámara, bailarín o portero de librea, es menester gran tipo; en cambio, a los que nos pican los gallos en los cuchillos de los pantalones, hay que querernos por nuestro ingenio, no por la figura; por lo interior, no por el escape. Bien es verdad que figura más desmedrada que la de Weyler, o Benavente, o Castelar, no creo que haya muchas que puedan servirme de ejemplo; pues esos tres pequeños grandes hombres pasaron a la posteridad. No le acontecerá igual a su primo de usted. A ese *largueruzo* no le sirven sus dos metros y pico más que para hacer reír a las locas de *Maxin* encendiendo los cigarrillos en los faroles. Yo llego a todas partes con la inteligencia. Y nada más, señorita.

Esta carta ha sido un sedante para mí; la perdono a usted todo cuanto ha dicho y cuanto en lo sucesivo se la ocurra. Por si no cae usted, la voy a regalar un chiste que, aplicado a mi *fealdad* y a mi *pequeñez*, hará fortuna. Cuando le pregunten a usted si hemos reído, usted pone esa cara de *bobita*, tan bella y tan atractiva, y dice usted sonriendo ingenuamente:



Dib. MARÍN FERIA. — Sevilla

— ¡Enhorabuena, Pom!... ¡Ya sé que has llegado el primerol!...
— Sí, hijo; gracias a que me despidió el caballo...

— Pero, hombre de Dios, ¿quería que me casara con el cónsul de las Hurdes en Madrid?

Cátese con su primo; como es muy alto y un poco cargado de espaldas, parecerá una i griega. Si no, puede usted matrimoniar con Pepón Astirrigorriagamedián. Tiene diez y nueve años y pesa ciento diez y nueve kilos. ¡Vamos, que va a noventa por hora para fenómeno de feria! Yo, ahora lo comprendo, no la servía a usted más que de dije.

«Marido grande, ande o no ande», reza un antiguo refrán castellano. Atégase usted a él, y no se acuerde más de este alcaloide que había puesto sus ojos en esos ojos tan negros, tan bellos y tan picardihuelescos.

¡Adiós para siempre! Voy a encerrarme en la pitillera que usted me regaló. ¡Será mi última morada! En ella me enterrarán, por los siglos de los siglos, amén. La odia, aunque no la olvida,

CHIQUITÍN.

Por la goma y las tijeras,
que no saben firmar,

TORRES-ASENJO

CAÑO LIBRE

Mi ilustre y antiguo (¡ay!, demasiado antiguo) amigo y correligionario don Amós Salvador ha publicado un artículo furibundo pidiendo que cese de una vez, por las buenas o por las malas, lo que él llama mascarada separatista.

Opina D. Amós, con más razón que un santo, que eso no sirve más que para que medren unos cuantos señores de la *Lliga*, y para poner en ridículo al resto de los españoles, que no parece sino que están temiendo siempre que les coma el coco.

Pero el Sr. Salvador predica en el desierto de Sahara. Porque este Gobierno tiene miedo, y el que le suceda, que será probablemente del partido del preopinante, tendrá miedo también, y seguirá dando a los catalanistas cuanto le pidan y tolerando sus insultos y sus amenazas.

Porque tiene que desengañarse D. Amós: la generación que ha sucedido a la nuestra no tiene más que miedo.

Los únicos que siguen ternes y tenaces, como sí el mundo no diera vueltas, son los jaimistas.

Don Jaime es una sombra; el partido absolutista es una co-

lección de sombras, y, sin embargo, se anuncia en Barcelona un banquete de mil cubiertos para celebrar el santo del R.

Tendrán que asistir los republicanos para completar el número. ¡Al mismo Gedeón no se le ocurriría una idea más luminosa!



Todos los días son absueltos los acusados de crímenes sociales porque el Jurado, sea de la provincia que quiera y actúe donde actúe, dicta un veredicto de inculpabilidad irremisiblemente.

Sabiendo esto de cierto, ¿por qué se molestará a los agentes de Policía, y se emborronarán tantos pliegos de papel sellado, y se gastará tanto dinero en dietas, y se tendrá en la cárcel durante semanas, meses y años a tanta pobre gente, que ha de resultar de inocencia probada al fin y a la postre?

¿No sería mejor que cada vez que asesinan a uno la justicia se concretara a enterrar al muerto y no se moviera nadie?



Según parece, los moros disponen de siete lanchas gasolineras.

No serán tan caras como una que tenemos nosotros, que está tasada en 40.000 pesetas y alquilada al Estado en 90.000 anuales, lo cual es un magnífico negocio... para el propietario.

Dejo la responsabilidad de las dos noticias a los que las dieron, y me concreto a tomar nota.

Pero haciendo la advertencia de que esas siete gasolineras deben ser vigiladas estrechamente, no sea que se le ocurra otra vez a Tarif desembarcar cerca de Algeciras, y mientras el Gobierno, los generales y las Juntas consultivas discuten lo que debe hacerse, llegue de nuevo el estandarte del Profeta hasta Covadonga, y nos cueste otros ocho siglos la tarea de echarle.

Parecerá una exageración; pero, ¡caramba!, tal como se están poniendo las cosas, debemos estar prevenidos para todo.



Los valencianos son artistas. Todo el pueblo de Valencia es artista. Si no lo probara cumplidamente la pléyade brillante de pintores, novelistas, músicos, poetas, autores dramáticos, actores y cantantes que en las épocas pasada y presente honraron y honran a España, bastaría para demostrarlo la costumbre de convertir la plaza de toros en teatro, en cuanto el calor aprieta y no hay modo de funcionar en locales cerrados.

Hace poco ha inaugurado sus tareas una magnífica compañía de ópera, en la que figuran Vall, Gorjé, Todolí, Guitart y Artelli, si no miente el anuncio que por casualidad me ha caído en las manos, y según el cual se empezó la temporada con la interpretación de *Aida*.

¿No es esto digno de loa? En lugar

de *Chicuelo*, sale Radamés; en vez de los clarines, vibran las trompetas, y substituyen a las voces de «Arrímate, morral», «Vaya usted al toro, tumbonazo», y otras lindezas por el estilo, los aplausos de la concurrencia, que se entusiasma con las notas de Verdi.

Pero lo grande no es eso. Lo grande es que al pie del susodicho anuncio hay una nota que dice:

«La plaza estará perfumada.»

Y esto me ha causado una impresión de placer inenarrable.

Unos chiqueros que huelen a claveles. Unos corrales regados con agua de colonia.

¡El desiderátum! ¡Una plaza de toros así quisieran tener en Nîmes las cocottes francesas!

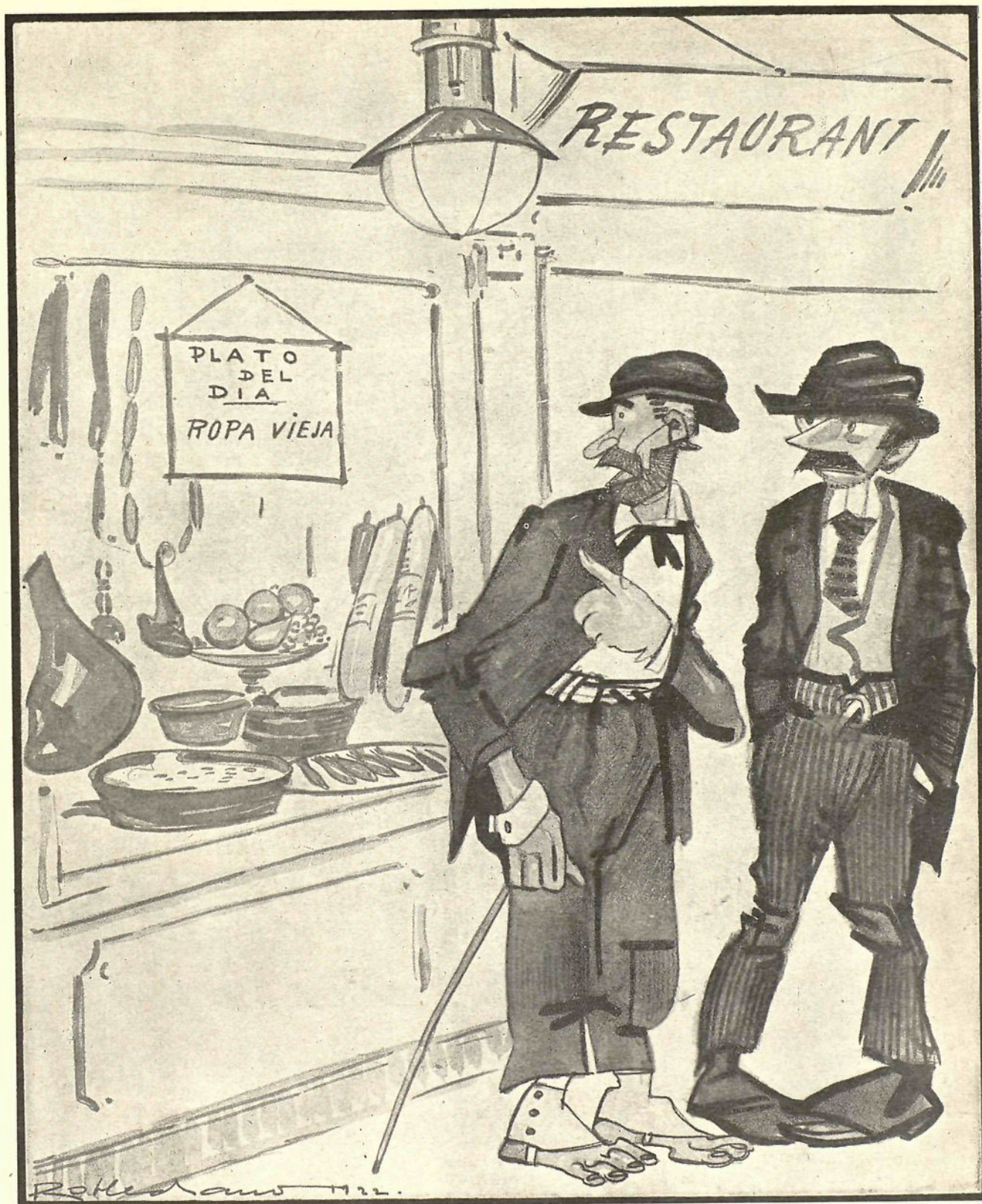
SINESIO DELGADO.



LABERINTO

Dib. REINOSO. — Madrid.

— Como este don Tomás persista en hacerme el amor, me va a poner en un aprieto. Porque ¿qué hago yo entonces con Luciano y con Federico?... Y no quiero pensar si se entera mi marido, como cuando lo de Ramón...



- Oye: aquí no entramos a tomar un bocao.
— ¿Por qué?
— ¡Porque van a confundirnos con el plato del día!...

Dib. ROBLADANO. — Madrid.



LA PEINETA

Dib. RAMÍREZ. — Madrid.

LA ÚLTIMA MODA

Lectoras, un aviso
por si os importa,
de la tirana en nombre,
que así lo encarga:
después de muchos años
de falda corta,
vuelve a triunfar de nuevo
la falda larga.

Desde ahora, pues, las viejas
y las chiquillas,
según en los papeles
donde lo leo,

no podrán dar al aire
las pantorrillas,
porque la sabia moda
lo encuentra feo.

La moda así lo quiere;
lo manda ella,
porque es la soberana
del cómo y cuándo,
y tiemblen las rebeldes,
porque, ¡ay de aquella
que obediente no cumpla
su ordeno y mandol...

Tornamos, pues, a aquellos
tiempos formales
por los cuales clamaban
las gentes viejas...
¡Basta ya de tobillos
esculturales!
¡Basta de ver canillas
y canillejas!

Mocitas adorables,
lindas y tiernas,
con las que tantas veces
hemos soñado,
desde este mismo instante
son vuestras piernas
para ansiosas miradas
coto cerrado.

Vuelve la falda larga,
de corte serio,
la que a algunas mocitas
causará espanto,
y con la nueva moda
vuelve el misterio,
que en cuestiones de piernas
es un encanto.

Mozas de pantorrillas
como botargas,
que habéis lucido en todas
las ocasiones,
dad gracias porque vuelven
las faldas largas,
porque así no veremos
tantas visiones.

Pero aquellas que ostenten
dos pantorrillas
cuya fama envidiable
por ahí se extienda,
que a la vista resulten
dos maravillas,
dignas de los honores
de la leyenda,

lúzcancas en buen hora,
si así es su gusto,
aunque la moda haya
de proscribirlo;
porque a mí me parece
lógico y justo
¡que quien tenga algo bueno,
debe lucirlo!

MANUEL SORIANO.

A LOS FOTÓGRAFOS Y AFICIONADOS

Por cada fotografía de asunto humorístico que se nos envíe y publiquemos, recibirá su autor la cantidad de quince pesetas.



— Yo — dijo la mujer de Nettel —, que sé cómo se pone ese aparato, porque vi colocarlo a mi marido.

— Y yo puse las alas, porque también sabía la forma de hacerlo — dijo la mujer de Desnancer.

En esto, un ronco rugido se escuchó potente y fiero.

— ¡Un león! — exclamaron todos horrorizados, mientras que, temblorosos por la escena trágica que se avecinaba, trataban de esconderse entre los sacos de la repleta despensa.

CAPÍTULO VI

El león volador.

Verdaderamente, la Tierra, el aire y el mar están poblados de animales maravillosos: desde la tortuga aérea, tan discutida por los naturalistas, hasta el león volador, es infinita la variedad de seres que creó la mano de la Providencia; pero por el momento dejemos la tortuga y ocupémonos del león volador.

Este raro animal, que sólo se alimenta del humo de las chimeneas, está dotado de dos alas membranosas llenas de escamas triangulares hacia sus puntas y cubiertas de una materia acuosa, gracias a la cual conserva sus aptitudes de ave, y tiene cuatro patas uniformes que le permiten descansar blandamente sobre las terrazas.

Como hemos dicho, se alimenta del humo; pero cuando encuentra alguna cosa substantífica ante sí, la devora mientras ruge música de Wágner, no porque su instinto sea sanguinario, sino porque no quiere ver nada delante de él.

Su vuelo es largo, y se le ha visto semanas enteras sostenido en el espacio sin descansar. Conserva con facilidad el recuerdo de las personas queridas, y ya en la ancianidad lleva gafas de ebonita con cristales de espato. Es pulcro y cuidadoso, aunque tiene siempre negra la boca, efecto de su fluída alimentación.

¿Cómo había penetrado el león?

Muy sencillo: volando encontró aquel extraño artefacto, y se puso a descansar

AVENTURAS FANTÁSTICAS DEL CAPITÁN NORTON

Novela de Pablo Montes.

RECOMENDADA POR EL JURADO DE NUESTRO CONCURSO DE NOVELAS HUMORÍSTICAS

Ilustraciones de Francisco López Rubio.

(CONTINUACIÓN)

sobre él; pero con tan mala pata, que cayó por la compuerta al salón; al caer al suelo se hizo daño, y lanzó el horrendo rugido que atemorizó a todos.

Pasó un rato; el león no rugía ya, y ellos, ocultos, no se atrevían a salir de su escondite; pero como esta situación se hacía interminable, el valiente capitán Norton salió, revólver en mano, a vender su vida a bajo precio. No tuvo necesidad de ello: el león dormía silenciosamente.

Norton volvió de puntillas y dió la noticia a los emboscados. Delante del extraño animal tomaron la resolución de atarlo y ver la forma de aplicarle a los usos domésticos. Sujeto con una lía le llevaron dulcemente a la despensa, y en un pequeño cuarto reservado a hacer el vacío le dejaron solo.

— ¿Dónde vamos? — exclamó Nettel.

Pero la respuesta era difícil; el aparato marchaba maravillosamente por el aire, sin rumbo determinado. Pasaron al cuarto de máquinas: el manómetro marcaba 1.800 manos de altura; no era mucho: podían subir un par de manos más.

— ¿Qué orientación llevaremos? De fijo que marchamos hacia el Oeste, es decir, hacia el mar del Norte.

Pasaron Desnancer y Nettel al salón de máquinas y se pusieron a mirar por el cristal de aumento. Allá a lo lejos, sobre el color obscuro de la Tierra, se destacaba la mancha clara de una ciudad. Llamaron a Norton y le indicaron lo que veían, diciéndole:

— ¿Por qué no descendemos y visitamos este pueblo?

— ¡Tengo una idea! — exclamó Desnancer —. Creo que deberíamos bajar a esa ciudad y, a ser posible, dejar allí las esposas empeñadas por seis meses.

— ¿Y por qué no por un año? — repuso Norton.

— Creo que por un año no podrá ser, porque no las tomarán como alhajas, sino como prendas de abrigo.

— Entonces, descendamos.

Alojó su marcha la hélice, las alas se inclinaron suavemente y el submarino empezó a descender, y a los pocos minutos el aparato descansaba en un seno de arena. Habían tomado tierra en San Sebastián. Ya frente al balneario de la Perla, cada uno con su consorte, se pusieron a respirar a todo pulmón las emanaciones salitrosas del mar. La emoción que embargaba a las esposas no les permitía pensar en

el embargo que oportunamente se haría con ellas.

— ¡Vamos al monte! — exclamó la mujer de Nettel, mientras señalaba el de Igueldo.

— ¡Sí, al Monte! — dijeron ellos, fijos en su primera idea.

Y tan rápidos fueron a él, que cuando las candidas esposas quisieron darse cuenta, ya tenían ellos la papeleta en la mano, y quedaban ellas prisioneras esperando su vuelta y su renuevo...

Solos, libres ya sobre la cubierta del submarino, lanzaron un ¡viva! que debió de oírse hasta en Loyola.

CAPÍTULO VII

En aguas de la Concha (1).

Se cerró la compuerta de acceso al submarino, y por primera vez los viajeros se hundieron en el mar. Al descender en las plateadas aguas donostiarras, parecía que el mar les acogía cariñosamente en sus brazos, y hasta la Concha les daba un beso.

Todos se dirigieron al cuarto de máquinas para ver lo que había dentro del mar, y allí, al lado del cristal, contemplaron la arena, que semejava un campo de mostaza, color dado por la reflexión de la luz a través del agua. Sobre aquel campo había innumerables objetos abandonados: un corsé sin ballenas, color de rosa (se conoce que las ballenas, al verse de nuevo en su elemento, emigraron acuáticamente); una peluca rubia de gran tamaño, que por lo visto era una *pelucona* de oro, sobre la cual habían fundado un *petit* Casino una familia de quisquillas.

Avanzaba el submarino y cada vez veían más extraños objetos: una media de señora todavía dentro de su pierna; un tronco de árbol (la pierna estaba separada del tronco); después una mesa con el servicio completo de té: no faltaban más que los comensales y el camarero.

— ¿Cómo podrá estar eso así preparado? — preguntó Desnancer.

— Sin duda — arguyó Nettel —, es el capricho de algún terremoto.

— ¡Ya lo creo! — dijo el capitán Norton —. Eso del terremoto es lo más acertado, pues ese té no se dará nunca, seguramente.

(1) Si los lectores quieren hacer de este título un chiste, pueden quitar *En* y substituirle por *Las*.

— ¿Qué es aquello? — dijo de pronto Nettel, señalando a un gran bulto cuadrado que se veía frente a ellos.

— Al parecer, es una caja — dijo Desnancer.

— Sí, es una caja — exclamó el capitán Norton —. Pero ¿qué contendrá?

— ¡Debemos procurar saber lo que tiene!

— ¿Y cómo? — exclamó Nettel.

Norton sonrió levemente; no queriendo perder mucho tiempo, salió del cuarto de máquinas y, cogiendo una pequeña maleta de mano, se acercó de nuevo al lente. Ya delante de la misteriosa caja, sacó un extraño aparato de la maleta, el cual, aplicado a sus ojos, le permitió ver lo que había dentro. Pero un grito de horror se escapó de su pecho, mientras sus ojos miraban siniestramente a la caja.

Nettel cogió el aparato en sus manos, y miró también; pero la consternación más ruda apareció pintada a la aguada en su semblante.

Desnancer también miró, y también se puso pálido de la emoción sufrida.

— ¡Señores — dijo Norton —, es menester deshacer este enredo que ante nosotros se presenta; esta persona partida en dos que se ve dentro de la caja, es la víctima de un crimen salvaje; nosotros, dueños de un aparato tan asombroso como éste, nos hemos de dedicar a la busca de los criminales autores de este horrendo crimen, y aunque se escondan entre las profundidades del mar, daremos con ellos!...

— Bueno; pero debemos ver detenidamente lo que hay dentro de la caja. Desde luego sabemos que es una persona partida en dos pedazos; pero tenemos que tratar de descubrir algo más, y para esto es menester ver de cerca y examinar detenidamente todo lo que contiene este misterioso objeto.

— ¿Y cómo cogeremos la caja? — dijo Nettel.

— Es muy sencillo — contestó Norton —. Daremos una vuelta a su alrededor con la cadena del ancla, y de esta manera la pescamos, y que nos siga hasta el momento oportuno en que podamos analizar lo que nos interesa.

Dicho esto, quedó enganchada la caja al ancla, y el submarino, al bajar bajo las aguas del Cantábrico, parecía una inmensa *i* arrastrando su puntuación...

CAPÍTULO VIII

La pesca del pez luna.

Anochece; un pez luna nos alumbraba con sus plateados reflejos; el submarino seguía majestuoso por el líquido elemento; de repente, frente al cristal del aparato, apareció una inmensa caravana de salmonetes. ¡Venían en bandadas de millones! ¡Pero que distinta es la vida de los peces disfrutando de la dicha de vivir, a la de los que vemos resignadamente tumbados cara al sol, en las pescaderías! ¿Quién podrá soñar la elegancia y dicharachías del

salmonete, al verlo sobre un plato, tostados sus ojos por el aceite? ¡No, el salmonete no es triste! ¡No le gusta ir solo, nada de eso! Su temperamento es dado a la broma y al chiste, y aunque entre ellos no es costumbre decir colmos, pasan el tiempo relatando cosas grotescas acaecidas en las grutas que hallan al paso, y tienen gran apego a la familia, sobre todo a las salmonetas.

Este pescado es de muy corta vida, y son pocos los que viven un año.

Tanto es así, que es muy curiosa su corta estancia en el mundo. Nacen en bandadas de treinta a cuarenta, y al siguiente día ya nadan, más por instinto que por conocimiento, y como sus padres los abandonan a su suerte, y a esta edad no se hacen más que locuras, a los tres días ya suelen tener novia, y a los cuatro días ya hacen chistes, por si les pescan, no perder la ocasión de hacer lo que hicieron sus antepasados. El tiempo mayor que pierden, que es en el noviazgo, les suele durar de trece a catorce días; después se casan, para lo cual les basta el consentimiento de cualquier padre, pues todos se parecen; luego son felices durante unos quince días, y ya

la novia en estado de crear nueva familia, es abandonada a su ingrata suerte.

El salmonete, como pez de alegría naturalizada en él hace ya siglos, no quiere contemplar las escenas de dolor que a él le conciernen.

Cuando ya es libre, no vuelve a tener novia: su misión esta cumplida; desde entonces no se dedica más que a nadar y a vivir tranquilamente.

Esta es la vida sencilla y envidiable de los salmonetes.

Como decíamos, venían en cantidad exagerada; en su rápido viaje tropezaban bruscamente con el cristal del submarino, y caían desvanecidos, para luego volver a levantarse y seguir su ruta.

— ¡Qué hermosa fritada! — exclamó Nettel.

— Tengo una idea — dijo el capitán Norton —. Dentro de un rato comeremos una suculenta ración de estos peces.

Y dirigiéndose al aparato propulsor del submarino, se elevó éste rápidamente, abrió sus alas, y chocaron una con otra en el espacio.

Norton abrió la compuerta, y una nube de peces, coronada por una magnífica luna en cuarto creciente, cayó dentro.

El capitán Norton, no solamente había hecho una magnífica pesca de salmonetes, sino que también había pescado al maravilloso pez luna. El pez luna alumbraba aquella fúnebre escena, impasible.

CAPÍTULO IX

La ondina del lago.

De pronto, un tirón rudo, formidable, les hizo pensar si habrían perdido algún pedazo del aparato; esto los llenó de zozobra, aunque no los hizo zozobrar. Desnancer, siempre deseoso de indicar los fenómenos antes que nadie, demostró que sería algún tropiezo con alguna capa más densa, o quizás alguna gruesa burbuja de agua, en la cual habría caído como en una sima.

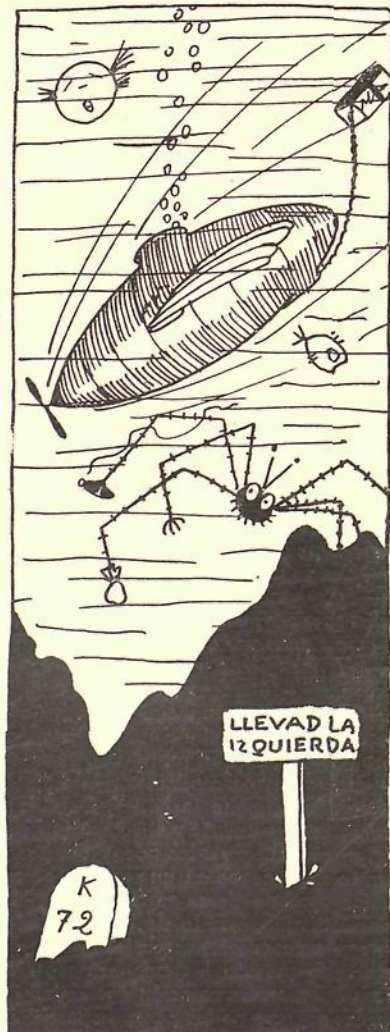
Cuando lograron virar, el submarino volvió a su ruta, y a las pocas brazas descubrieron, en un fondo de corales, destrozada la caja que traían a remolque, y los trozos que contenía enzarzados en corales.

Llegaba el momento en que tenían de una vez que saber a qué atenerse; haciendo el vacío a su alrededor, salieron tranquilamente al fondo del mar.

Nettel quedó dentro, y los demás se dirigieron hacia el lecho de corales; pero cuál no sería su sorpresa al ver que lo que creían horroroso crimen no era más que un maniquí partido en dos pedazos, para mejor comodidad en el transporte.

Aclarado este asunto de vital interés, volvieron al submarino; a pocas brazas vieron, con el espanto consiguiente, que una enorme araña de mar se acercaba a ellos. No sé si por el espanto o por efecto de la opacidad del agua, a Norton le pareció más alta que la Giralda, y más ancha... que alta.

(Se continuará.)





CUENTAS

Dib. ZAMORA. — Paris.

LA SEÑORA. — Pero ¿no te he dicho que no me traigas cuentas cuando hay visita?

LA DONCELLA. — Señorita, éstas son del gas.

LA AMIGA. — ¡Y aun te quejas!... ¡En casa, todas las que traen son gordas!

DEL BUEN HUMOR AJENO

DOS CUENTOS, por Max y Alex Fischer.

MUY URGENTE

(Cuento breve, que debiera ser escrito en la margen de las Guías de Correos.)

La Revolución del 48 nació, se desarrolló, murió. La sucedió el Imperio. Todas las noches, José Denis veía que su padre, cuando vaciaba sus bolsillos para acostarse, sacaba un sobre del bolsillo interior de su abrigo. En un ángulo del pliego había un sello. En otro llevaba la indicación de *Muy urgente*. Y siempre, Denis, el padre, doblaba la carta y decía:

— ¡Qué idiota!... ¡Hoy también me he olvidado de echarla!

La enfermedad que había de llevar al sepulcro a Denis, el padre, apareció, se desarrolló, murió.

Una mañana de 1855, inventariando legataria y piadosamente las cosillas que se hallaban en los vestidos de su difunto y pobre padre, José Denis encontró la carta. Miró la dirección, y vió que llevaba las señas de una de sus tías, que habitaba en Marsella. Reconoció la letra de su difunta y pobre madre. Despegó el sobre y leyó: «Querida hermana: Encargo a mi marido de echar urgentemente esta carta. Desde ayer tenemos un sistema postal muy perfeccionado. Se pega en el sobre un trocito de papel de color, que se llama *sello de Correos*, y ya no hay que pensar en más: la carta llega a su destino...»

— ¡Pobre papá! — se dijo José Denis —. ¡Qué distraído era!... ¡Pensar que ha llevado durante seis años este sobre en el bolsillo!... ¡Voy a llevarla en seguida a Correos!

Pegó otra vez el sobre, cogió el sombrero y salió a la calle. Un amigo, encontrado al azar, le invitó a acompañarle a la recepción del joven y audaz señor Ponsard en la Aca-

demia Francesa. Aquella carta había esperado durante seis años. Un retraso de una o dos horas no tendría ninguna importancia.

Una tarde de 1859, una magnífica tarde de radiante sol, por la avenida de los Campos Eliseos, los soldados de Italia entraban en París. José Denis, como todo el mundo, sacó su pañuelo para saludar a las tropas victoriosas. Un sobre cayó al suelo. Denis se agachó y lo volvió al bolsillo, murmurando:

— ¡Caracoles!... ¡Aun no me he acordado de...!

El 10 de enero de 1867, José Denis, en los últimos suspiros de la agonía, dijo a su hijo Francisco:

— En el bolsillo de la izquierda de mi chaqueta encontrarás una carta. Has de llevarla a Correos, sin perder minuto, en cuanto me cierres los ojos. Según verás en el sobre, la carta es muy urgente. ¡No te olvides de ello, por Dios!...

Los que asistieron a la batalla de

Tuyen-Quan, durante la campaña de Tonquín, vieron a un hombre tendido junto al río Claro. No sabían de él sino que se llamaba Francisco Denis. Sacó las pocas fuerzas que le quedaban y una carta, que entregó a un camarada:

— Urgente..., urgente..., transmitir a mi hijo..., hijo..., hacerla llegar... gar... a su destino... tino...

Ayer, el oficial encargado de apartar la correspondencia en la estafeta de la calle de Amsterdam interrumpió súbitamente su trabajo. Contempló con admiración un sobre extraordinariamente manchado.

Marsella era su destino.

En el ángulo de la izquierda llevaba la indicación de *Muy urgente*.

Cogió sus tijeras, cortó el sello y rompió la carta en miles de trozos menudos. Luego sacó su cartera y metió en ella el timbre, murmurando alegremente:

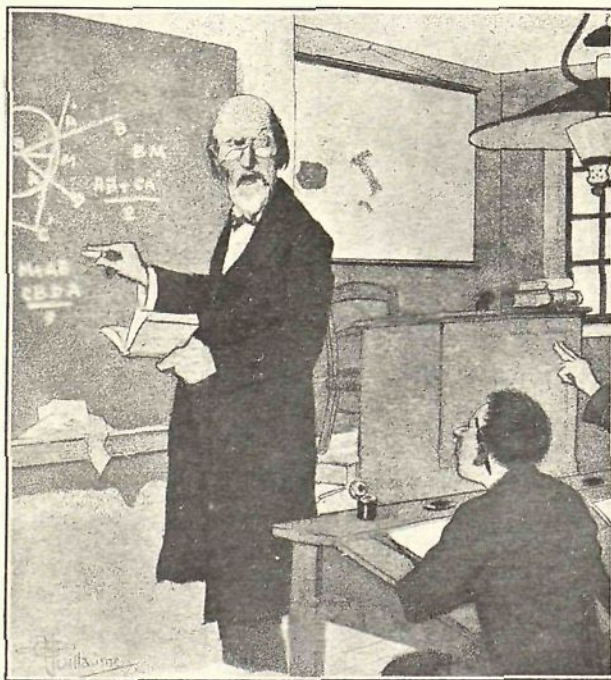
— ¡Un sello de los más antiguos!... ¡Qué contento se va a poner Enriquito!... ¡Menuda adquisición para su álbum!

LA PRUEBA POR DOCE

Juan López, más conocido de la Policía por el alias *El Niño del Alambre*, pasea por la calle de la Montera. Da la una. Su hermana le espera para comer. Apresura algo el paso, y se dirige a la taberna en que quedaron convenidos.

Ha tenido hoy una buena mañana. Hace pasar, una a una, al bolsillo izquierdo de su chaqueta, las delicadas maravillas que deforman el bolsillo de la derecha de su pantalón. Uno, dos, tres, cuatro..., diez, once, doce. Doce portamonedas. Y el suyo, trece. *El Niño del Alambre* se felicita... ¡Un hombre que lleva trece portamonedas, y no vacíos, no es un cualquiera!

Cuando ya está casi al final de la cuesta de la ca-



EL MAESTRO. — ¡Esto es intolerable!... Cada vez que yo abro la boca, hay un imbécil que habla.

(De GUILLAUME, en Le Rire.)

lle de Carretas, recuenta en sentido inverso sus adquisiciones. Uno, dos..., cinco..., diez..., doce. ¡Sólo doce! Palidece, sacude sus ropas, busca bien en los bolsillos: todo inútil. Están los doce portamonedas *adquiridos* aquella mañana... Pero el suyo, el legítimamente suyo, ése no está. ¡Le han robado su portamonedas! Recuerda ahora que en la Puerta del Sol se dió un encontronazo con un individuo que pareció no tener ganas de rehuirle, y que, sin duda, se aprovechó de él para robarle su portamonedas.

Luego ¿hay ladrones en el mundo? Porque jamás sospechó su existencia. Robadores, los hay y los habrá siempre... Pero ¿ladrones? El

siempre había negado que los hubiera.

No por lo que pudiera suponerle el portamonedas y su contenido — eso era lo de menos —, sino por hacer un bien a la sociedad, y, sobre todo, al desgraciado ladronzuelo, que, sin duda, al ser cogido y castigado, volvería al buen camino, *El Niño del Alambre* decide dirigirse a la Comisaría.

— Señor comisario, acaban de robarme el portamonedas.

— ¿Cómo?... ¿A usted también?... ¡Vamos, esto es una epidemia! En toda la mañana no han cesado de venir a presentarme la misma denuncia. Han venido... doce..., justo, doce..., y usted, trece.

Metódico, el comisario pregunta los detalles: lugar del robo, señas y contenido del objeto robado, etcétera.

El Niño del Alambre estima todas aquellas preguntas muy ofensivas. ¡Por una vez, caracoles, él no es el acusado! Y espontáneamente, en un momento de arrebató, exclama:

— ¿Duda usted acaso de que es verdad que me han robado?... Pues tengo una prueba. Aquí está. La prueba es que ninguno de estos doce portamonedas es de mi pertenencia. Ahora puede usted buscar, como yo he buscado, ¡y a ver si encuentra usted el mío!

A. G.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa que se nos envíe, debe dirigirse al apartado de Correos número 12.142.

Ruano-Jackson. — No está mal. Tiene algunos aciertos, y en cambio cosas como aquella de «hombre probo y de inagotable sabiduría, aunque no tenía dos pesetas», que nos recordó aquella frase célebre:

«Mi madre, aunque está impedida, la pobre te quiere tanto...»

Delocagiderón. Valladolid. — Muchas gracias por sus elogios en prosa y en verso, amigo Diego.

F. M. Madrid. — No está mal. Veremos si le encontramos un huequecito. Mándenos cosas así, cortas e ingeniosas.

Carmen Adas. Madrid. — ¡Por Dios, señorita, que nos ruborizamos! ¡Qué cosas! ¡Parece mentira!

V. E. El Escorial. — Le agradeceríamos que nos enviase otras cosas.

Angel Hito. Madrid. — Eso es más antiguo que el Ramayana. ¡Cosas nuevas, joven!

F. M. G. — Está bien. Sabe usted rimar con facilidad y con gracia. ¡Adelante, amigo!

D. Ruperto. Salamanca. — Hemos recibido su cargamento de tonterías. ¿Es que le ha suspendido a usted Unamuno, cuando tan mal habla de él? Para hablar mal de un hombre de talento, hay que tener, por lo menos, algo dentro de la cabeza. Hablar por hablar y escribir las cuartillas por los dos lados, son costumbres censurabilísimas.

Los Malos. Madrid. — Es un procedi-

miento pueril ese de repetir la misma rima en todo el verso. De todos modos, no son ustedes tan malos como dicen.

Mac Sandey. Madrid. — Los cuentos que nos envía no están mal, como primer intento. Envíenos otra cosa, a ver si ratificamos la buena opinión.

Rocabella. Madrid. — Es un asunto muy gastado. Envíenos otra cosa.

H. C. H. Valladolid. — ¿De qué hoja de almanaque ha copiado usted eso?

Aquel. Zaragoza. — ¡Santo Dios!... ¿Y éste es *Aquel*?... Nosotros creímos que estaría mejor.

Garabito. Ecija. — Por hoy no puede usted ser *faborecido*. Aunque los caracteres

de imprentilla son conmovedores, el epigrama no nos merece muy buen juicio. Pero por algo se empieza. Usted es joven,

No se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos. Bastará la sección de Correspondencia para comunicarnos con los colaboradores espontáneos.

y con un poco de trabajo y ortografía, puede llegar.

Pepe de Vigo. — Su cuento no nos ha dicho nada nuevo, como no sea eso de las sillas de óxido de hierro, que, según usted, hay en el paseo de coches del Retiro. Iremos a comprobarlo.

Toscán. Madrid. — Hemos recibido sus versos, con toda la bilis adjunta. La versificación está bien; el fondo nos interesa. Envíenos la segunda serie, y luego hablaremos.

Un Tebergano. Segovia. — Usted ha leído a Pérez Zúñiga, ¿verdad?... ¡Ya se le conoce!

El Ordenador de Fatigas. Madrid. — ¡Pues anda el otro!

«El otro día me disponía con tu tía...»

¡Otro día, si usted varía y no ripía, alma mía!

Juvenal X. Gijón. — No nos caza usted con eso de la liga.

B. B. Tranquilo. Madrid. — Tiene dos detalles de gracia verdadera; lo demás vale poco. Insista usted, que puede hacer algo.

Adrián García. Barcelona. — Le decimos lo mismo que al anterior.

El Licenciado Vidriera. Pradoluengo. — Para publicar su poema, que consta de doscientos treinta versos, mil ciento treinta y una palabras y unas once mil letras,



Dib. BELLÓN — Madrid.

— ¡Ahora sí que me he caído!...

tendríamos que hacerlo por series, y habría labor para un trimestre.

Jo-Vi-del-A. Jerez de la Frontera. — Esta obra le ha salido mal, amigo. Eso de meterse con las suegras está pasado de moda.

Harri. El Escorial. — Muy bonito como dibujo; pero tiene un chiste tan gastado, que no hay manera de aprovecharlo. Mándenos otras cosas, pues usted es de los que dibujan bien.

Kiko. Barcelona. — No nos convencen los trabajos que nos envía. Suponemos recibiría usted los números que le mandamos.

S. A. Zaragoza. — No nos ha gustado su poema. En cambio, la ilustración del Sr. Picola nos ha parecido muy bien como dibujo, aunque por su seriedad no está dentro del carácter de nuestro semanario.

Tom. San Sebastián. — *Dolfos.* — *Barcelona.* — *Allende. Bilbao.* — No nos sirven.

Loscar. Cartagena. — Se publicará.

La de los rizos de oro. — El chiste no nos gusta. El dibujo podría pasar.

E. M. Y. San Sebastián. — *J. Z. Madrid.* Aceptado uno.

Baldomero el Chulo. — Sí, señor. Publicamos eso que usted llama soneto, para que le sirva de estímulo. Usted puede dar mucho lustre a la poesía española. ¡Véase la clase!

¡¡ SONETO !!

Me cargan las polacas y las chinas,
y me rebientan mucho las francesas,
y no puedo ber ni en pintura a las húngaras,
y me dan asco las filipinas.

Les tengo odio brutal a las alemanas,
y aborrezco también a las del Senegal,
y me apestan además las de Portugal,
y me chinchán las italianas.

¿Savéis las que adoro todos los días?
¿Savéis a las que quiero?... ¡¡Las judías!!!

J. C. Valladolid. — Los dos se publicarán.

R. R. Vitoria. — Siga usted trabajando y mándenos más dibujos, pues revela condiciones para llegar a hacerlo muy bien. Los de ahora, por falta de práctica, no son publicables todavía.

E. G. L. Madrid. — ¿Está usted seguro de que ese dibujo que nos manda es original? ¿Y el chiste? Juraríamos con la mano puesta sobre nuestro corazón que, tanto el uno como el otro, nos saben a cosa publicada.

F. R. Madrid. — *K-listo.* — *F. C. Málaga.* — *Perecito.* — *Ce-eme-ese.* — *E. P. Gijón.* — *Lago.* — *A mí, Prim.* — *Un buen*

humorista (¿No tiene usted abuela, pollo?). — *J. P. Madrid.* — *Espinosa.* — *Joso.* — *F. R. Madrid.* — *A. A. Madrid.* — *F. L. M. Tal. Tetuán.* — *F. S. T. Málaga.* — *A. R.* — *I. M. M.* — *A. O. Avila.* — *Sinapismo.* — *F. de S. Madrid.* — *Llarripa.* — *Moreno.* — *Sevilla.* — *R. F. A. Madrid.* — *D. G. Madrid.* — *Pestaña.* — *L. E. Bilbao.* — No sirve.

J. M. G. Tarrasa. — El chiste es muy gracioso. El dibujo no sirve.

El Mecánico de Luquejo. Pontevedra. — Idem id.

Kike. — Está bien; pero ha perdido actualidad. Mande otra cosa.

Concurso de pasatiempos del mes de junio.

Las soluciones a los pasatiempos publicados en nuestro semanario durante el mes de junio son las siguientes:

Núm. 1. — *Enagua de boda.*

Núm. 2. — *La risa va por barrios.*

Núm. 3. — BUEN HUMOR.

Núm. 4. — *Asiática.*

Núm. 5. — *Parsimonia.*

Núm. 6. — *Largar tela.*

Núm. 7. — *Bermudo I el Diácono.*

Núm. 8. — *María Gámez.*

Núm. 9. — *Federico.*

Núm. 10. — *Anacoreta.*

Núm. 11. — *Lámina.*

Núm. 12. — *A caballo regalado no se le mira el diente.*

Núm. 13. — *Raíz enésima de una potencia.*

Núm. 14. — *Música.*

— *Música.*

— *Música.*

— *No hay mus.*

— *Envido a grande.*

— *¡Ordago!*

Núm. 15. — *Maravilla.*

Núm. 16. — *Sastres.*

Núm. 17. — *Paralelas.*

Entre los doce mil cuatrocientos treinta y siete lectores que nos han honrado con su concurso, ha habido doscientos que han acertado diez y seis soluciones y diez y nueve que han llegado al total de los diez y siete pasatiempos publicados. Los nombres de estos afortunados e inteligentes pierdetiempistas son los siguientes:

Gertrudis López, Hermosilla, 11, Madrid.

Teresa Rivera, Conde de Aranda, 18, Madrid.

Conchita Lorenzo, Madrid.

Pilar Alonso, travesía de Altamirano, 4, Madrid.

María Teresa de Otadúy, Portugalete, Vizcaya.

Carmela Pérez Camarero, General Porlier, 30, Madrid.

Ventura Vizcaíno, López de Hoyos, 84, Madrid.

Alberto Peyrona, Serrano, 36, Madrid.

Rafael Sáez Belmás, Calatrava, número 22, Madrid.

Alberto Martín Ferreras, Paz, 10, Madrid.

Manuel Aguirre Agrasot, Marqués del Duero, 3, Madrid.

Manuel Arias, Arrieta, 17, Madrid.

Alfonso Rodríguez, Luisa Fernanda, 17, Madrid.

Juan Garmendía, Portugalete, Vizcaya.

Alberto Eguía, plaza de la Cruz Verde, 1, Madrid.

Enrique Adame, Corredera Baja, números 15 y 17, Madrid.

José María de Soroa, Conde de Xiquena, 8, Madrid.

José Montesinos, Madrid.

Carlos Losada Vidal, Madrid.

Celebrado el sorteo según las bases de nuestro Concurso, han resultado favorecidos los concursantes siguientes:

PRIMER PREMIO. — Un billete de lotería, número 23.391, para el sorteo del día 22 de julio actual, a don José Montesinos.

SEGUNDO PREMIO. — Medio billete de lotería, del mismo número y para el mismo sorteo que el anterior, a D.^a María Teresa de Otadúy.

TERCER PREMIO. — Suscripción por un semestre a nuestro semanario, a contar desde el 1 de agosto próximo, a D. Alberto Eguía.

En nuestra Administración, y previa presentación de la cédula personal, tienen los agraciados a su disposición los premios ofrecidos y nuestra felicitación más entusiasta.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

CUPÓN correspondiente al número 33 de BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

CUPÓN NÚM. 3

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de julio.

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Empezará el primero de cada mes.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas
Semestre (26 —)	10,40 —
Año (52 —)	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas
Semestre (26 —)	12,40 —
Año (52 —)	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	12,40 pesetas
Semestre	16,50 —
Año	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelto	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5. — MADRID



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos.



Loción Belleza Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Es de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, erupciones, barros, asperezas, etc. Evita en las señoras y señoritas el crecimiento del vello. Completamente inofensiva. Deleitosa perfume.

Es el ideal. Rhum Belleza Fuera canas.

A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin tñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

CREMAS BELLEZA (Blanca y rosada.) (Líquida o en pasta espumilla.) Última creación de la moda. Sin necesidad de usar polvos, dan en el acto al rostro, busto y brazos blancura y finura envidiables, hermosura de buen tono y distinción. Son deliciosas e inofensivas.

TINTURAS WINTER marca BELLEZA. Tienen en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para Castaño claro, Castaño oscuro y Negro. Dan colores tan naturales e inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

Polvos Belleza Alta novedad. — Únicos en su clase. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Se venden Blancos, Rosados y Rachel.

DE VENTA en principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. En Canarias, droguerías de A. Espinosa. Habana, droguerías de E. Sarrá. Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139.
FABRICANTES: Argenté, Costa y Comp. — BADALONA (España).

BUEN HUMOR



Dib. GARRIDO. — Madrid.

— ¿Le has dicho a mamá que estoy con Pepito en la rifa?

— Si, y me ha dicho que a ver si no te toca. Madrid